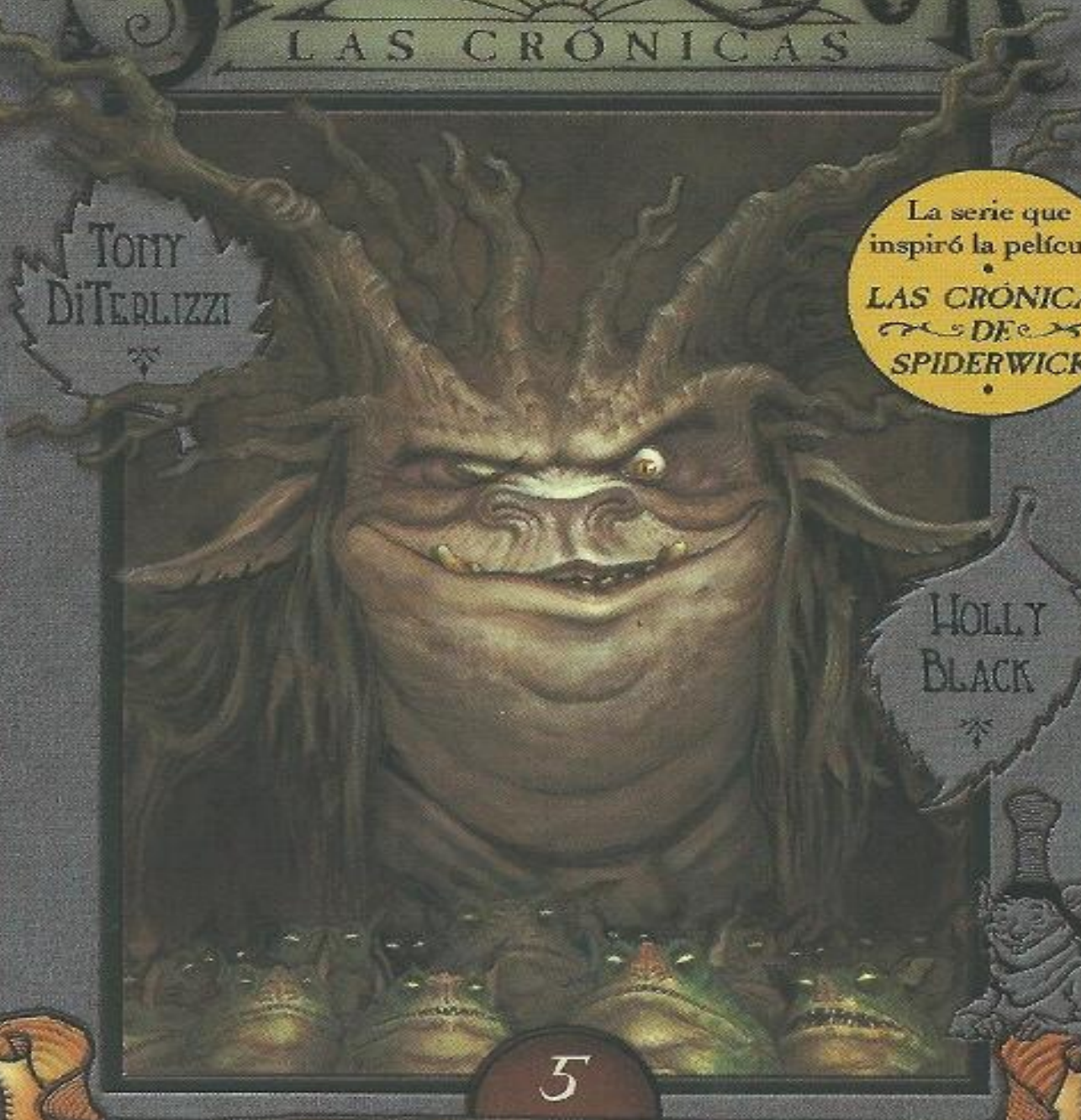
MÁS DE 4.000.000 DE EJEMPLARES VENDIDOS EN TODO EL MUNDO

SPIDERWICK

LAS CRÓNICAS



TONY DITERLIZZI

La serie que inspiró la película
LAS CRÓNICAS DE SPIDERWICK

HOLLY BLACK

5

EL OGRO MALVADO

Después de escapar por los pelos de la cantera de los enanos, Jared, Simon y Mallory regresan a casa y se encuentran con que ésta ha sido saqueada por el malvado Mulgarath, quien no sólo se ha llevado el *Cuaderno de campo del Mundo Fantástico de Arthur Spiderwick*, sino algo aún más preciado: ¡a su madre! Con la ayuda de Dedalete, Cerdonio y Byron, los hermanos Grace parten hacia su última aventura: rescatar a Arthur Spiderwick del dominio de los elfos, ya que él es el único que puede ayudarles a detener a Mulgarath y derrotar a su ejército de trasgos, antes de que sea demasiado tarde.

Tony DiTerlizzi & Holly Black

El ogro malvado

Las crónicas de Spiderwick - 5

ePub r1.2
Titivillus 23.03.16

Título original: *The Wrath of Mulgarath*
Tony DiTerlizzi & Holly Black, 2004
Traducción: Carlos Abreu

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





El dragón se enroscó alrededor de Byron.

Para mi abuela Melvina, que me aconsejó
que escribiera un libro como éste, y a quien
le dije que nunca lo haría.
H.B.

Para Arthur Rackbam: que continúe
inspirando a otros como
me ha inspirado a mí
T.D.



CARTA DE HOLLY BLACK

CARTA DE LOS HERMANOS GRACE

MAPA DE LA ESTANCIA SPIDERWICK

CAPÍTULO UNO
Donde el mundo se vuelve patas arriba

CAPÍTULO DOS
Donde reaparece un viejo amigo

CAPÍTULO TRES
Donde Jared se entera de cosas que preferiría no saber

CAPÍTULO CUATRO
Donde todo acaba en las llamas

CAPÍTULO CINCO
Donde descubren el significado de «Más allá hay dragonas»

CAPÍTULO SEIS
Donde los acontecimientos se precipitan

EPÍLOGO
Donde concluye la historia de los hermanos Grace

SOBRE TONY DITERLIZZI...

Y SOBRE HOLLY BLACK

AGRADECIMIENTOS

Querido lector:

Tony y yo somos amigos desde hace años, y siempre hemos compartido cierta fascinación por la literatura fantástica. No siempre habíamos sido conscientes de la importancia de esa afinidad ni sabíamos que sería puesta a prueba.

Un día, Tony y yo —junto con varios otros autores— estábamos firmando ejemplares en una librería grande. Cuando terminamos, nos quedamos para ayudar a apilar libros y charlar, hasta que se nos acercó un dependiente y nos dijo que alguien había dejado una carta para nosotros. Cuando le pregunté exactamente a quién iba destinada, su respuesta nos sorprendió.

—A vosotros dos —señaló. La carta aparece transcrita íntegramente en la siguiente página. Tony se pasó un buen rato contemplando la fotocopia que la acompañaba. Luego, en voz muy baja, se preguntó dónde estaría el resto del manuscrito. Escribimos una nota a toda prisa, la metimos en el sobre y le pedimos al dependiente que se la entregase a los hermanos Grace.

No mucho después alguien dejó un paquete atado con una cinta roja delante de mi puerta. Al cabo de pocos días, tres niños llamaron al timbre y me contaron esta historia.

Lo que ha ocurrido desde entonces es difícil de describir. Tony y yo nos hemos visto inmersos en un mundo en el que nunca creímos realmente. Ahora sabemos que los cuentos de hadas son algo más que relatos para niños. Nos rodea un mundo invisible, y queremos desvelarlo ante tus ojos, querido lector.

Holly Black

Queridos señora Black y señor DiTerlizzi:

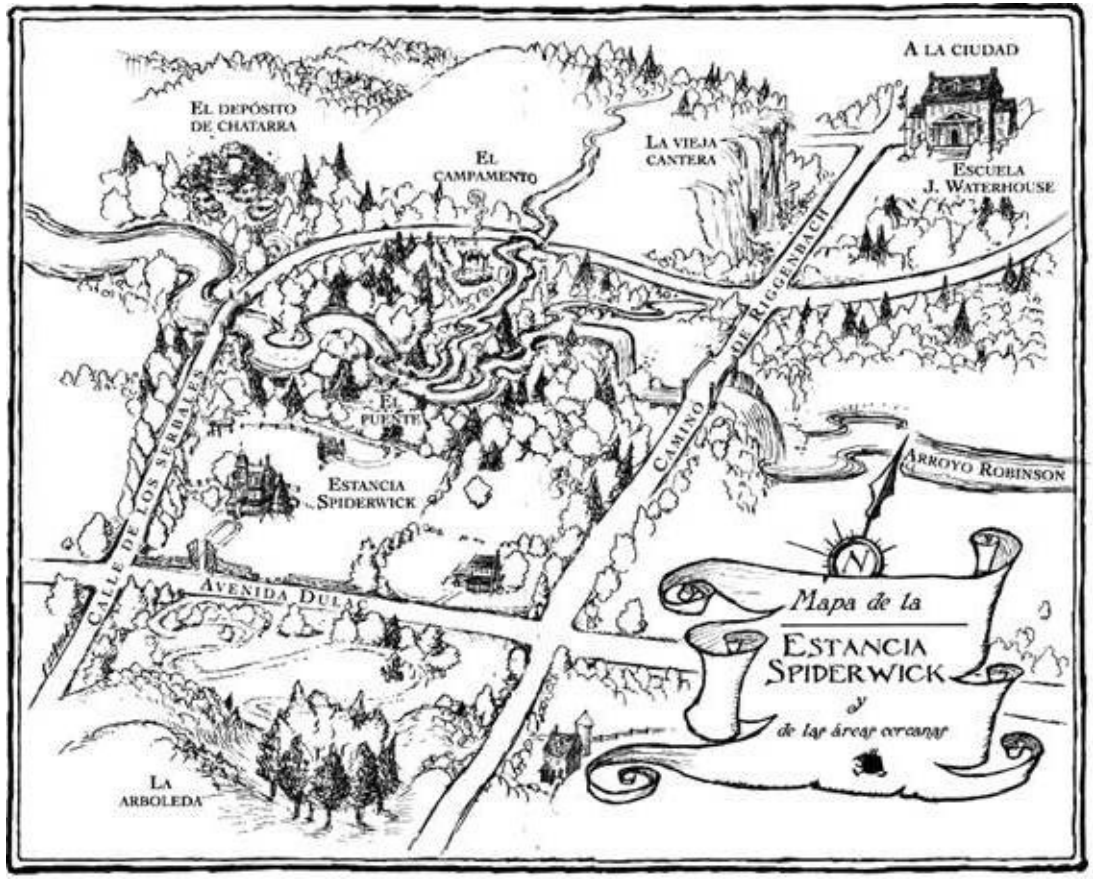
Sé que un montón de gente no cree en los seres sobrenaturales, pero yo sí, y sospecho que ustedes también. Después de leer sus libros, les hablé a mis hermanos de ustedes y decidimos escribirles. Algo sabemos sobre esos seres. De hecho, sabemos bastante.

La hoja que adjunto es una fotocopia de un viejo libro que encontramos en el desván. No está muy bien hecha porque tuvimos problemas con la fotocopiadora. El libro explica cómo identificar a los seres mágicos y cómo protegerse de ellos. ¿Serían tan amables de entregarlo a su editorial? Si pueden, por favor metan una carta en este sobre y devuélvanlo a la librería. Encontraremos el modo de enviarles el libro. El correo ordinario es demasiado peligroso.

Sólo queremos que la gente se entere de esto. Lo que nos ha pasado a nosotros podría pasarle a cualquiera.

Atentamente.

Mallory, Jared y Simon Grace.


A LA CIUDAD
EL DEPÓSITO DE CHATARRA
EL CAMPAMENTO
LA VIEJA CANTERA
ESCUELA J. WATERHOUSE
CAMINO DE RIGGENBACH
EL PUENTE
CALLE DE LOS SERBALES
ESTANCIA SPIDERWICK
ARROYO ROBINSON
AVENIDA DULAC
N
Mapa de la
ESTANCIA SPIDERWICK
y
de las áreas cercanas
LA ARBOLEDA



Ante la verja de la finca de Spiderwick.

Capítulo Uno

Donde el mundo se vuelve patas arriba

La tenue luz del sol del alba hacía brillar las gotas de rocío en la hierba mientras Jared, Mallory y Simon avanzaban penosamente por una carretera provincial. Estaban cansados, pero el deseo de llegar a casa los impulsaba a seguir. Mallory, con su fino vestido blanco, tiritaba, sujetando su espada con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto pálidos. A su lado, Simon caminaba arrastrando los pies, dando patadas de vez en cuando a los trozos sueltos de asfalto que encontraba. Jared también iba callado. Cada vez que cerraba los ojos, aunque fuese sólo por un momento, veía trasgos, cientos de trasgos, con Mulgarath a la cabeza.

Intentó distraerse pensando en lo que le diría a su madre cuando llegaran a casa. Seguramente estaría enfadada con ellos porque habían pasado toda la noche fuera, y furiosa con Jared por el incidente de aquel ser que llevaba una navaja. Pero él se lo explicaría todo. Le contaría lo del ogro que cambiaba de forma, la manera en que habían rescatado a Mallory de los enanos y engañado a los elfos. Su madre vería la espada y entonces tendría que creerles. Y entonces le perdonaría todo a Jared.

Un ruido muy agudo, como el silbido de una tetera amplificado a todo volumen, lo devolvió al presente de golpe. Se encontraban ante la verja de Spiderwick. Horrorizado, Jared advirtió que el césped estaba cubierto de basura, papeles, plumas y muebles rotos.

—¿Qué es todo eso? —exclamó Mallory, boquiabierta.

Al oír un grito, Jared levantó la vista hacia el tejado, donde el grifo de Simon perseguía a un ser pequeño, desprendiendo pedazos de pizarra.

—¡*Byron*! —lo llamó Simon, pero el grifo no lo oyó, o decidió no hacerle caso. Simon, exasperado, se volvió hacia su hermano—. No debería estar ahí arriba. Todavía no se le ha curado el ala.

—¿Qué está persiguiendo? —preguntó Mallory, achicando los ojos.

—A un trasgo, creo —respondió Jared, despacio. El recuerdo de los dientes y las garras bañados en sangre despertaron en él un terror profundo.

—¡Mamá! —Mallory soltó un grito ahogado y echó a correr hacia la casa.

Jared y Simon la siguieron a toda prisa. Al acercarse vieron que las ventanas de la vieja finca estaban rotas y la puerta principal colgaba de una sola bisagra.

Entraron como una exhalación y atravesaron el zaguán, pisando llaves desperdigadas y abrigos hechos jirones. El grifo de la cocina estaba abierto; el agua desbordaba el fregadero lleno de platos rotos y se escurría hasta el suelo, donde los alimentos que habían caído del congelador volcado se apilaban descongelándose en montones húmedos. Algunos de los tabiques estaban agujereados a golpes, y el polvo del yeso, mezclado con harina derramada y cereales, recubría los fogones de la cocina.

La mesa del comedor seguía en su sitio, pero varias de las sillas estaban tumbadas y tenían los asientos de mimbre desgarrados. Alguien había rajado uno de los cuadros de su tío abuelo, y el marco estaba resquebrajado, aunque aún colgaba en la pared.



«Es culpa mía, es culpa mía».

La sala se hallaba incluso en peores condiciones: habían destrozado la pantalla del televisor atravesándola con la consola de videojuegos. La tapicería de los sofás estaba rasgada, y el relleno, esparcido sobre el suelo de madera en montoncitos que parecían de nieve. Y allí, sentado sobre los restos de una banqueta para los pies revestida de brocado, estaba Dedalete. Cuando Jared se aproximó al pequeño duende, advirtió que tenía un profundo arañazo en el hombro y que no llevaba su sombrero. Dedalete alzó hacia él sus ojos llorosos y negros, parpadeando.

—Es culpa mía, es culpa mía —se lamentó—. No he podido vencerlos con mi hechicería. —Una lágrima le resbaló por la delgada mejilla, y él se la enjugó

con rabia—. Contra los trasgos me basto y me sobro, pero estoy perdido si me enfrento a un ogro.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Jared en tono apremiante.

Se dio cuenta de que estaba temblando.

—Poco antes de la madrugada, se la llevaron de aquí atada —contestó Dedalete.

—¡No puede ser! —gritó Simon, y su voz sonó casi tan aguda como un chillido—. ¡Mamá! —llamó, subiendo las escaleras hasta el siguiente rellano—. ¡Mamá!

—Tenemos que hacer algo —dijo Mallory.



—La hemos visto —murmuró Jared, sentándose en el sofá destrozado. Estaba mareado, y tenía frío y calor al mismo tiempo—. En la cantera. Ella era la persona adulta a quien los trasgos retenían, y ni siquiera nos hemos dado cuenta. Deberíamos… yo debería haber hecho caso de las advertencias. Nunca tendría que haber abierto el estúpido cuaderno del tío Arthur.

El duende sacudió la cabeza vigorosamente.

—Proteger esta casa es mi deber, con el cuaderno o sin él.

—¡Pero si yo lo hubiese destruido como tú me indicaste, nada de esto habría ocurrido!

Jared se descargó un puñetazo en la pierna.

Dedalete se frotó los ojos con la base de la mano.

—Quizá sea cierto, quizá sea falso, pero yo lo escondí y mira qué ha pasado.

—¿Queréis dejar de compadeceros? ¡No estáis siendo de mucha ayuda! —Mallory se acuclilló junto a la banqueta y le alargó al duende su sombrero—. ¿Adónde pueden haberse llevado a mamá?

Dedalete meneó la cabeza apesadumbrado.

—Son muy sucios los trasgos y aún peor es su amo. Estarán en un sitio de lo más repugnante, pero más señas de él yo no sabría darte.

Por encima de ellos se oyó un silbido y un correteo.

—Todavía queda un trasgo en el tejado —dijo Simon, mirando hacia arriba —. ¡Él lo sabrá!

Jared se puso en pie.

—Más vale que detengamos a *Byron* antes de que se lo coma.

—Tienes razón —convino Simon, corriendo escaleras arriba.

Los tres chicos llegaron al primer piso y enfilaron el pasillo en dirección al desván. Las puertas estaban abiertas, y el corredor estaba sembrado de ropa desgarrada, plumas de almohadas y tiras arrancadas de sábanas. Fuera de la habitación de Jared y Simon, había depósitos de vidrio resquebrajados y vacíos tirados por el suelo. Simon se quedó paralizado, con una expresión de horror en la cara.

—¿*Lemondrop*? —llamó—. ¿*Jeffrey*? ¿*Kitty*?

—Vamos —lo apremió Jared.

Mientras tiraba de Simon para alejarlo de la habitación patas arriba, Jared se fijó en el armario del pasillo. Había toallas desperdigadas y empapadas en la loción y el champú que goteaban de los estantes. Y al fondo, la pared presentaba unos arañazos profundos y alguien había sacado de sus goznes la puerta secreta de la biblioteca de Arthur.

—¿Cómo la habrán encontrado? —preguntó Mallory.

Simon sacudió la cabeza.

—Supongo que han registrado toda la casa hasta dar con ella.

Jared se puso en cuclillas y entró gateando en la biblioteca de Arthur Spiderwick. La brillante luz que penetraba por la única ventana le reveló con claridad todo el estropicio. Las lágrimas acudieron a sus ojos mientras caminaba sobre una alfombra de páginas arrancadas. Alguien había desencuadernado las libretas de Arthur y desparramado las hojas. El suelo estaba cubierto de bosquejos rasgados y librerías volcadas. Jared paseó la vista por la habitación con una sensación de impotencia.

—¿Y bien? —preguntó Simon desde fuera.

—Destrozado —respondió Jared—. Todo está destrozado.

—Vamos —dijo Simon en voz alta—. Hay que atrapar a ese trasgo.

Jared asintió con la cabeza, pese a que sus hermanos no podían verlo, y, aturdido, se dirigió hacia la puerta.

Había algo en la profanación de esa habitación en particular —una habitación que había permanecido oculta durante años— que hacía pensar a Jared que nada volvería a ir bien a partir de entonces.

Junto con Simon y Mallory, subió trabajosamente las escaleras hasta el desván, pasando por encima de fragmentos relumbrantes de adornos navideños y un maniquí. En la penumbra, Jared alcanzaba a vislumbrar el polvo que se desprendía del techo al tiempo que se oía sobre su cabeza el repiqueteo de las

garras de un trasgo, acompañado de chillidos.

—Un nivel más y podremos salir al tejado —dijo Jared, señalando el último tramo de escaleras. Conducía a la habitación más alta de la casa, una pequeña torre con las ventanas parcialmente cerradas con tablas por los cuatro costados.

—Me parece que he oído un ladrido —dijo Simon mientras subían—. El trasgo debe de estar sano y salvo todavía.



«Todo está destrozado».

Cuando llegaron a lo alto de la torre, Mallory rastilló las tablas de las ventanas a golpes de espada y Jared intentó desprender lo que quedaba de ellas haciendo palanca.

—Yo iré primero —dijo Simon, y acto seguido subió de un salto al alféizar

para salir al tejado pasando con cuidado entre los listones dentados.

—¡Espera! —le gritó Jared—. ¿Qué te hace pensar que podrás controlar al grifo?

Pero Simon no pareció hacerle caso. Mallory se puso un cinturón y sujetó la espada de modo que colgaba de su cintura.

—¡Vamos!

Jared pasó las piernas por encima del reborde de la ventana y sus pies se posaron sobre la superficie de pizarra. La luz del sol prácticamente lo cegó, y por un momento oteó con ojos deslumbrados el bosque que se extendía más allá del jardín.

Entonces vio que Simon se acercaba al grifo, que había arrinconado al trasgo contra una de las chimeneas de ladrillo. El trasgo era Cerdonio.



«¿Qué hacéis ahí parados, papirotes?».

Capítulo Dos

Donde reaparece un viejo amigo

—¿Qué hacéis ahí parados, papirotes? —chilló Cerdonio—. ¡Echadme una mano!

Con la espalda contra una chimenea, se sujetaba con una mano el abrigo bajo el que ocultaba algo, mientras blandía amenazadoramente con la otra un tirachinas descargado.

—¿Cerdonio? —Jared sonrió al ver al trasno, pero de pronto se detuvo, con el ceño fruncido—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Simon se había interpuesto entre Cerdonio y el grifo e intentaba aplacar a la fiera a gritos. *Byron* volvió su cabeza de halcón a un lado y luego rascó la pizarra del tejado con las garras, como si fuese más felino que ave. A Jared le pareció que el grifo creía que todo aquello era un nuevo juego.

Cerdonio vaciló, con la vista clavada en Jared.

—No sabía que ésta era vuestra casa hasta que apareció el grifo.

—¿Tú los has ayudado a capturar a mamá? —Jared notó que el rostro se le congestionaba—. ¿A poner la casa patas arriba y matar los animales de Simon?

Dio dos pasos hacia Cerdonio, con los puños apretados. Se había fiado de él. Incluso le había caído bien. Y ahora el trasgo los había traicionado. Sentía tanta rabia que notaba un zumbido en los oídos y apenas podía pensar.

—Yo no he matado a nadie.

Cerdonio se abrió el abrigo ligeramente, dejando al descubierto una bola de pelo color naranja.

—¡*Kitty*! —exclamó Simon, distraído por la visión del gatito.

En ese momento, *Byron* se abalanzó hacia delante, esquivando a Simon, y

aprisionó el brazo del trasgo con el pico.

—¡Aaaaaaayyy! —aulló Cerdonio.

Con un maullido, el gato saltó al tejado.

—¡*Byron*, no! —gritó Simon—. ¡Suéltalo!

El grifo agitó la cabeza, zarandeando a Cerdonio. Los alaridos del trasgo sonaron más fuertes.

—¡Haz algo! —exclamó Jared, presa del pánico.

Simon se acercó al grifo y le propinó un manotazo en el pico.

—¡NO! —bramó.

—¡Jolín, Simon, no hagas eso! —le advirtió Mallory llevándose la mano a la espada.

Pero en vez de atacar, el grifo dejó de sacudir a Cerdonio y se quedó mirando a Simon, alarmado.



«Lo siento, alfandoques».

—¡Suéltalo! —repitió éste, apuntando con el dedo al tejado de pizarra.

Cerdonio forcejeaba en vano, metiéndole los dedos en la nariz a *Byron* y tratando de morderle el cuello emplumado con sus inofensivos dientecillos. El grifo no le prestaba atención, pero tampoco hizo el menor ademán de soltarlo.

—Ten cuidado —le advirtió Jared a su hermano—. Más vale que se coma a Cerdonio antes que a nosotros.

—¡Noooo! Lo siento, alfandoques —gimió Cerdonio sin dejar de retorcerse —. No lo he hecho a propósito, en serio. ¡Sacadme de aquí! ¡Socoooooorro!

—Jared, sujeta a Cerdonio, ¿vale? —le indicó Simon.

Jared asintió con la cabeza y se acercó cautelosamente. Desde esa distancia, le llegaba el olor del grifo; un olor salvaje, como el que despide el pelaje de un gato.

Simon agarró el pico de *Byron* por arriba y por abajo con las dos manos y empezó a abrírselo.

—Bueeeen chico —lo calmaba mientras tanto—. Eso es. Suelta al trasgo.

—¡Trasno! —lo corrigió Cerdonio.

—¿Te has vuelto loco? —le chilló Mallory a su hermano. El grifo se volvió bruscamente hacia ella, tumbando a Simon de espaldas—. Lo siento —añadió ella, en voz mucho más baja.

Jared agarró a Cerdonio por las piernas.

—Lo tengo.

—Oye, cagarrache, no nos pondremos ahora a jugar a tira y afloja con mi cuerpo, ¿verdad? ¿Eh?

Jared se limitó a sonreír con malicia. Simon trató de nuevo de abrirle el pico a *Byron* por la fuerza.

—Mallory, ven y ayúdame. Sujétale la parte de abajo del pico, mientras yo le sujeto la parte de arriba.

Ella cruzó con cuidado la vertiente inclinada del tejado. El grifo le lanzó una mirada inquieta.

—Cuando yo te lo diga, tira con fuerza —le dijo Simon—. ¡Ahora!

Juntos intentaron separar las mandíbulas del grifo. Los dedos de Mallory se deslizaron hasta el interior de la boca de *Byron* mientras ella se esforzaba por

abrírsela, tirando con todo su peso, casi hasta el punto de colgarse del grifo. *Byron* se resistía, pero de pronto cedió, abriendo la boca y dejando caer por completo a Cerdonio en brazos de Jared. Éste perdió el equilibrio, se tambaleó hacia atrás sobre las tejas y soltó a Cerdonio, buscando desesperadamente un sitio de donde agarrarse. El trasgo resbaló también y desprendió con los pies la teja a la que Jared se aferraba. El muchacho se deslizó hasta el borde del tejado, donde se asió al canalón antes de precipitarse desde lo alto.

Simon y Mallory se quedaron mirándolo con los ojos muy abiertos. Jared tragó saliva. Mientras sus hermanos se acercaban para ayudarlo a encaramarse de vuelta al tejado, él se percató de que Cerdonio salía disparado hacia la ventana abierta.

—¡Se escapa! —gritó Jared, intentando auparse. Su codo se hundió entre las hojas secas y el barro que obstruían el canalón.

—Olvídate de ese estúpido trasgo —repuso Mallory—. Agárrate a mí.

Lo izaron sobre el borde del tejado. Tan pronto como estuvo de nuevo en pie, Jared echó a correr detrás de Cerdonio, seguido de cerca por Mallory y Simon. Bajaron ruidosamente las escaleras.

Cerdonio yacía despatarrado en el pasillo que conducía a las habitaciones de los chicos, mientras un hilo amarillo se enrollaba por sí mismo en torno a él. Jared observó boquiabierto el hilo, que finalmente se ató formando un lazo.

De pronto, Dedalete se subió de un salto sobre la cabeza de Cerdonio.

—Os ayudaré a combatir contra este ser. Es lo menos que puedo hacer.



«¡Se escapa!».

Jared paseó la vista desde el hilo hasta Dedalete.

—¡No sabía que supieras hacer eso!

Entonces se acordó del modo en que los cordones de sus zapatos se habían atado entre sí, aparentemente por sí solos, y de repente lo entendió todo.

El duendecillo sonrió de oreja a oreja.

—No basta con no ser visto para dejarlo todo listo.

—¡Eh! —chilló Cerdonio—. ¡Quitadme este gorgojo chiflado de encima! ¡Yo no estaba huyendo de vosotros, sino de ese monstruo mangón que hay en el tejado!

—Cállate —ordenó Mallory.

—No hagáis caso a este trasgo —dijo Dedalete—. Algo avieso tiene en el seso.

—Este duende currutaco tiene un pico de oro —observó Cerdonio.

—Y ahora vas a decirnos todo lo que sabes o te embadurnaremos de ketchup y te llevaremos de vuelta al tejado —lo amenazó Jared.



Estaba tan furioso que en ese momento hablaba completamente en serio.

Dedalete saltó a la pata de una mesa de centro tumbada.

—Algo peor que eso merece este trasgo tan perverso. No, lo echaremos a las ratas para que le muerdan las patas, le coman los ojos y le roan la nariz hasta dejársela chata. Te arrancaremos los dedos con nuestros propios dientes, y no pararemos hasta que confieses.

Simon empalideció, pero no abrió la boca. Cerdonio se retorció entre sus ataduras.

—Os diré todo lo que queráis saber, bruscos botarates. ¡No hay por qué amenazarme!

—¿Dónde está mamá? —inquirió Jared—. ¿Adónde se la han llevado?

—La guarida de Mulgarath está en el depósito de chatarra de las afueras. Con las basuras se ha construido un palacio, que está custodiado por su ejército de trasgos, además de otros seres. No seas cabeza de calabaza; jamás podréis entrar ahí.

—¿Cuáles son los otros seres que custodian el palacio? —quiso saber Jared.

—Dragones —respondió Cerdonio—. En su mayoría dragones pequeños.

—¿Dragones? —repitió Jared, horrorizado.

En el cuaderno de campo de Arthur se mencionaba a estas criaturas, aunque el propio Arthur nunca los había visto. Todo lo que sabía de ellos lo había oído de boca de otras personas. Aun así, las descripciones de los dragones eran

escalofriantes: su mordedura venenosa, sus dientes afilados como puñales, sus cuerpos ágiles y veloces como látigos…

—¿Y tú formabas parte del ejército de trasgos de Mulgarath? —preguntó Mallory, entornando los ojos.



—¡No tenía opción! —se justificó Cerdonio—. ¡Todo el mundo estaba alistándose! ¿Qué querías que hiciera yo, merolica?

—¿Qué les contaste que les había pasado a los otros trasgos con los que estabas antes? —preguntó Jared.

—¿Los otros trasgos? —exclamó Cerdonio—. ¡Por última vez, petimetre, soy un trasno! ¡Es como si llamaras estornino a una vaca!

Jared suspiró.

—Bueno, ¿qué les contaste?

Cerdonio puso los ojos en blanco.

—¿Qué esperabas que les contara, mameluco? Les conté que un trol se los había zampado, ni más ni menos.

—Si te desatamos, ¿nos llevarás al depósito de chatarra? —le propuso Mallory.

—Seguramente ya es demasiado tarde —gruñó Cerdonio.

—¿Cómo dices? —Jared frunció el entrecejo.

—Sí —rectificó Cerdonio—. ¡Sí! Os llevaré. ¿Estáis contentos, chiquilicuatres? Todo con tal de no tener que volver a ver a ese grifo.

—Pero, Jared —terció Simon, esbozando una sonrisa—, llegaríamos mucho más deprisa si fuéramos volando.

—¡Eh, un momento! —protestó Cerdonio—. ¡Eso no formaba parte del trato!

—Necesitamos un plan —dijo Mallory, apartándose del trasgo y bajando la voz—. ¿Cómo vamos a derrotar a un ejército de trasgos, un dragón y un ogro

que cambia de forma?

—Tiene que haber algo… —reflexionó Jared, siguiéndola— algún punto débil…

Las páginas del cuaderno de campo de Arthur que había memorizado empezaban a borrarse de su mente y cada vez tenía más lagunas. Intentó concentrarse, rememorar cualquier detalle que pudiera serles útil.

—Lástima que ya no tenemos el cuaderno de campo. —Simon se quedó mirando las peceras rotas como tratando de buscar una respuesta entre los fragmentos de vidrio.

—Pero sabemos dónde está Arthur —intervino Jared pausadamente, trazando un plan en su cabeza—. Podríamos preguntárselo a él.

—¿Y se puede saber cómo vamos a hacer eso? —preguntó Mallory, con una mano en la cintura.

—Les pediré a los elfos que me lleven hasta él —contestó Jared, como si fuera una propuesta de lo más razonable.

Mallory abrió mucho los ojos, sorprendida.

—La última vez que vimos a los elfos, no estaban en un plan muy amistoso que digamos.

—Es cierto, querían encerrarme bajo tierra para siempre —señaló Simon.

—Tenéis que confiar en mí —dijo Jared despacio—. Puedo hacerlo. Me prometieron que nunca volverían a retenerme allí contra mi voluntad.

—Pero si yo confío plenamente en ti —repuso Mallory—; es de los elfos de quienes no me fío, y tú tampoco deberías hacerlo. Te acompaño.

Jared negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Sonsácale a Cerdonio todo lo que sepa acerca de Mulgarath. Yo regresaré tan pronto como pueda. —Bajó la vista hacia el duendecillo—. Me llevaré a Dedalete conmigo… si es que quiere venir.

—Creía que tenías que ir tú solo —señaló Simon.

—Tengo que ser el único humano —precisó Jared, sin apartar la mirada de Dedalete.



—Hace muchos años que no salgo de casa. —Dicho esto, Dedalete se acercó al borde de la silla y dejó que Jared lo colocara en la capucha de su sudadera—. Ya va siendo hora de que tenga agallas.

Se marcharon antes de que Simon o Mallory pudieran disuadirlos. Cruzaron la calle en dirección a la arboleda de los elfos. El cielo del mediodía se había teñido de un azul brillante y despejado. Jared se dio prisa, ante el temor de que no les quedase mucho tiempo.



«Era yo quien tenía el cuaderno».

Capítulo Tres

Donde Jared se entera de cosas que preferiría no saber

El claro seguía tal como Jared lo recordaba —bordeado de árboles, con hongos en el medio—, pero esta vez, cuando se plantó en el centro, nada ocurrió. Las ramas no se entrelazaron para atraparlo, las raíces no se enrollaron en torno a sus tobillos, y no apareció ni un solo elfo para reprenderlo.

—¡Hola! —llamó Jared. Aguardó un momento, pero no obtuvo más respuesta que el canto lejano de unos pájaros. Frustrado, Jared se puso a caminar de un lado a otro—. ¿No hay nadie? ¡Tengo un poco de prisa!

Nada. Transcurrieron varios minutos.

Al fijarse en el círculo de setas, le entraron unas ganas irresistibles de arremeter contra los elfos. Ojalá nunca se hubieran llevado a Arthur.

Había levantado el pie con la intención de pegarle una patada a uno de los hongos cuando oyó una voz suave procedente de la arboleda.

—Muchacho insensato, ¿qué haces en este lugar?

Era la elfa de ojos verdes, cuyo cabello había adquirido más tintes rojizos y marrones.

Ahora llevaba un vestido de color ámbar intenso y dorado, que recordaba el paso del verano al otoño. Su voz sonaba más triste que enfadada.

—Por favor —dijo Jared—. Mulgarath ha raptado a mi madre. He de rescatarla. Tienes que dejarme hablar con Arthur.

—¿Qué me importa a mí el destino de una mortal? —La elfa se volvió hacia los árboles—. ¿Tienes idea de a cuántos de los nuestros hemos perdido? ¿Cuántos enanos, tan viejos como las piedras que se encuentran bajo nuestros

pies, han dejado de existir?

—Lo he visto —respondió Jared—. Estábamos ahí. Por favor…, te daré lo que me pidas. Me quedaré aquí si lo deseas.

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo tenías una cosa que era de cierto valor para nosotros, y eso se ha perdido.

A Jared lo invadió una mezcla de alivio y terror. Necesitaba ver a Arthur, pero no le quedaba nada que ofrecer a cambio.





—No teníamos el cuaderno de campo —alegó—. No podríamos habéroslo dado entonces, pero quizás ahora podamos recuperarlo.

La elfa de ojos verdes se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Ya no me interesan tus historias.

—Puedo… puedo demostrarlo. —Jared se llevó la mano a la capucha, sacó a Dedalete y lo depositó en el suelo—. Os dije que nuestro duende doméstico tenía el cuaderno. Éste es Dedalete.

El duendecillo se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia, temblando ligeramente.

—Gran dama, os seré sincero: era yo quien tenía el cuaderno.

—Tus modales te honran.

La elfa los miró a los dos por unos instantes y se quedó callada.

Jared se revolvió con impaciencia mientras Dedalete trepaba por su pierna para volver a su escondite. El silencio de la elfa de ojos verdes lo estaba sacando de quicio, pero se obligó a estarse quieto. Quizás era su última oportunidad de convencerla.

Por fin, ella habló de nuevo:

—El tiempo de infligir castigos y de ejercer nuestro dominio ha pasado. El momento que temíamos ha llegado. Mulgarath ha reunido un ejército muy numeroso y está utilizando el cuaderno de campo para hacerlo aún más temible.



Jared asintió con la cabeza, aunque estaba confundido. No se le ocurría qué podía hacer Mulgarath con el cuaderno de campo para conseguir que su ejército fuese más peligroso. No era más que un cuaderno.

—Joven mortal —dijo la elfa de ojos verdes—, quiero que me prometas que si la guía de campo de Arthur vuelve a caer en tus manos mientras buscas a tu madre, nos la entregarás para que la destruyamos.

Jared asintió de nuevo con la cabeza, aturdido y ansioso por aceptar cualquier condición con tal de poder hablar con Arthur.

—Lo haré. Os la traeré…

—No —lo interrumpió la elfa—. Cuando llegue el momento, nosotros acudiremos a ti. —Apuntó con el dedo hacia arriba y pronunció unas palabras en un idioma extraño. Una hoja solitaria se desprendió de una de las ramas altas de un viejo roble y comenzó a descender lentamente, como si cayese a través de agua y no a través del aire—. Tu audiencia con Arthur Spiderwick durará el tiempo que esta hoja tarde en llegar al suelo.

Jared miró hacia donde ella le señalaba. Por muy despacio que se moviera la hoja, a él le pareció muy deprisa.

—¿Y si no me basta con ese tiempo?

La elfa le dirigió una sonrisa glacial.

—El tiempo es un lujo que ninguno de nosotros puede permitirse ya, Jared Grace.

Pero Jared apenas se fijó en lo que ella decía, porque de entre los árboles surgió un hombre con una chaqueta de *tweed* y mechones entrecanos a ambos lados de la calva. Las hojas secas se arremolinaban a su alrededor y formaban una alfombra que le permitía avanzar sin tocar el suelo. Se ajustó las gafas con nerviosismo y miró fijamente a Jared.



Un hombre con una chaqueta de tweed.

Al chico se le escapó una sonrisa. Arthur Spiderwick era idéntico al retrato que colgaba en la biblioteca. Todo iría bien. Su tío bisabuelo le explicaría lo que debía hacer, y sus problemas se solucionarían.

—Tío Arthur —comenzó—, soy Jared.

—Dudo que pueda ser tu tío, muchacho —replicó Arthur con frialdad—. Hasta donde yo sé, mi hermana no tiene hijos.

—Bueno, en realidad eres mi tío bisabuelo —dijo Jared, sintiéndose inseguro de repente—. Pero eso no importa.

—Eso es absurdo.

Las cosas no marchaban en absoluto como habían imaginado.

—Has estado ausente mucho tiempo —explicó Jared eligiendo las palabras

con cuidado.

Arthur frunció el ceño.

—Unos meses, tal vez.

Dedalete salió de su escondrijo y subió al hombro de Jared.

—Escucha al chico, dice la verdad; no podemos perder un segundo más —dijo en voz muy alta.

Arthur bajó la vista hacia el duende y pestañeó.

—¡Hola, viejo amigo! ¡Te he echado de menos! ¿Cómo está mi Lucy? ¿Y mi esposa? ¿Querrás darles un mensaje de mi parte?



—¡Escucha! —lo cortó Jared—. Mulgarath ha capturado a mi madre, y tú eres el único que sabe qué hay que hacer.

—¿Yo? —preguntó Arthur—. ¿Por qué iba a saberlo? —Se subió las gafas —. Supongo que mi consejo sería que… Un momento, ¿cuántos años tienes?

—Nueve —respondió Jared, temblando al imaginarse lo que vendría a continuación.

—Te diría que debes ponerte a salvo y dejar que tus mayores se ocupen de esas criaturas tan peligrosas.

—¿Es que no me has oído? —gritó Jared—. ¡MULGARATH HA CAPTURADO A MI MADRE! ¡NO PUEDO ACUDIR A MIS MAYORES!

—Entiendo —asintió Arthur—. Sin embargo, debes…

—¡No, no lo entiendes! —Jared no podía contenerse. Sentía un gran alivio al

poder gritarle a alguien por fin—. ¡Ni siquiera sabes cuánto tiempo has pasado aquí! ¡Ahora Lucinda es mayor que tú! No sabes nada.

Arthur abrió la boca como para decir algo pero la cerró de inmediato. Aunque estaba pálido y tembloroso, a Jared no le daba mucha pena. Las lágrimas de rabia que se esforzaba por reprimir le escocían en los ojos. Al otro lado del círculo de hongos, la hoja seca se acercaba cada vez más al suelo.

—Mulgarath es un ogro muy peligroso —dijo Arthur en voz baja, sin mirar a Jared—. Ni siquiera los elfos saben cómo detenerlo.

—Además, tiene un dragón —añadió Jared.

Arthur levantó la mirada con súbito interés.

—¿Un dragón? ¿En serio? —Se encorvó y sacudió la cabeza—. No puedo decirte cómo debes enfrentarte a todo eso. Lo siento; sencillamente… no lo sé.

Jared quería suplicarle, exigirle, pero no le salían las palabras.

Arthur se acercó un paso hacia él y le habló con mucha suavidad.

—Muchacho, si yo siempre supiese qué hacer, ¿crees que estaría aquí, prisionero de los elfos, condenado a no volver a ver a mi familia?

—Supongo que no —respondió Jared con los ojos cerrados.

La hoja había llegado a la altura de su cabeza. Faltaba poco para que el tiempo se agotase.

—No está en mi mano darte una solución —murmuró Arthur—. Todo lo que puedo ofrecerte es información. Ojalá pudiera hacer algo más. —Tras una pausa agregó—: Los trasgos se mueven en manadas pequeñas, normalmente de no más de diez. Siguen a Mulgarath porque lo temen; de lo contrario nunca verías a tantos trasgos juntos. Si él no se impusiese, ellos enseguida empezarían a pelearse entre sí. Pero incluso a pesar de su autoridad, lo más seguro es que no estén muy bien organizados.

»Por lo que respecta a los ogros, Mulgarath es un ejemplar típico. Domina la técnica de cambiar de forma, y es astuto, taimado y cruel. Los ogros suelen tener una debilidad que quizá te sea útil: son vanidosos y muy dados a alardear.

—¿Como en el cuento del Gato con Botas? —preguntó Jared.

—Exactamente. —A Arthur le brillaron los ojos—. Los ogros tienen un gran concepto de sí mismos y quieren que los demás también lo tengan. Les encanta escucharse mientras hablan. Por otro lado, toda protección convencional, como esas prendas que llevas, resultan insuficientes para resistir su ataque. Son demasiado poderosos.

»En cuanto a los dragones… bueno, debo confesar que todo lo que sé de

ellos procede de las observaciones de otros investigadores.



—¿Otros investigadores? ¿Significa eso que hay otras personas que se dedican a estudiar a los seres sobrenaturales?

Arthur asintió en silencio.

—Por todo el mundo. ¿Sabías que hay seres sobrenaturales en todos los continentes? Varían de un lugar a otro, por supuesto, tal como sucede con los animales. Pero me estoy yendo por las ramas.

»El dragón es probablemente del subtipo célebre europeo, el más común en esta región. Es extremadamente venenoso. Recuerdo haber leído el caso de un dragón que se alimentaba de leche de vaca… Llegó a ser enorme, y su ponzoña lo envenenaba todo, abrasaba la hierba y contaminaba el agua.

—¡Un momento! —exclamó Jared—. El agua de nuestro pozo te abrasa en la boca cuando la bebes.



«Mala señal».

—Mala señal. —Arthur exhaló un hondo suspiro y sacudió la cabeza—. Los dragones son ágiles, pero es posible matarlos como a cualquier otra criatura. La dificultad, por supuesto, reside en el veneno. Su potencia aumenta conforme el dragón crece, por lo que hay muy pocos seres lo bastante rápidos y valientes para enfrentarse a un dragón tal como la mangosta ataca a la cobra.

Jared echó un vistazo a la hoja: estaba a punto de tocar el suelo. Arthur siguió su mirada.

—El tiempo que nos queda para hablar casi ha terminado. ¿Podrías darle un

recado a Lucinda de mi parte?

—Claro. Lo que quieras —asintió Jared.

—Dile… —Sin embargo, las palabras de Arthur quedaron ahogadas bajo el remolino de hojas que lo ocultó a la vista. El torbellino se elevó, y cuando se hubo alejado, ya no había nadie. Jared buscó a la elfa con la vista, pero ella también había desaparecido.



«Ahora te toca a ti fiarte de nosotros».

Cuando Jared salió de los límites del claro, vio a *Byron* escarbando en la tierra. Simon, montado sobre su lomo, acariciaba al grifo para apaciguarlo.

Detrás de él, Mallory empuñaba en alto la espada élfica, que resplandecía al sol. Cerdonio, sentado sobre el cuello de la bestia, ofrecía un aspecto de lo más lastimoso.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Jared—. Pensaba que habíais dicho que confiabais en mí.

—Pero si confiamos en ti —repuso Mallory—. Por eso te hemos esperado aquí en lugar de irrumpir en el claro para sacarte a rastras.

—Incluso hemos pensado un plan. —Simon levantó la cuerda que tenía en la mano—. Vámonos. Nos contarás lo que te han dicho los elfos en el camino.

—Bueno —terció Mallory—. Ahora te toca a ti fiarte de nosotros.



«He capturado a los humanos».

Capítulo Cuatro

Donde todo acaba en las llamas

Mientras atravesaba la carretera, Jared se esforzaba por no deshacer el nudo deliberadamente flojo que le sujetaba las manos a la espalda. Avanzaba detrás de Mallory, que iba atada de forma parecida, y contenía el impulso de alzar la vista hacia la lejana silueta de *Byron* y Simon, que volaban sobre su cabeza. Ellos dos serían su único medio de escapar si las cosas salían mal y el medio más rápido de marcharse si todo iba según lo esperado.

Cerdonio le picó a Jared el hombro con la punta de la espada élfica.

—Daos prisa, mocosuelos.

—¡No hagas eso! —advirtió Jared, a punto de tropezar. Notó a Dedalete acurrucado contra su nuca—. Todavía no estamos dentro, y esa cosa pincha.

—De acuerdo —rió el trasgo por lo bajo—, mi travieso albondigón.

—Deja en paz a Jared o te enseñaré cómo se usa una espada —siseó Mallory, y de pronto se detuvo en seco.

Los árboles de ese lado de la carretera estaban prácticamente pelados, renegridos y secos. Las pocas hojas que les quedaban colgaban de las ramas como murciélagos. Parecían menos reales aún que los árboles metálicos de los enanos. Jared alcanzó a ver el vertedero que se extendía detrás.

La verja, oxidada, estaba abierta, y en el abandonado sendero de tierra había varios hierbajos diseminados. Un letrero de «PROHIBIDO EL PASO» estaba clavado en el suelo en un ángulo un tanto extraño. Coches viejos, neumáticos y basura de todo tipo se apilaba en montones irregulares que semejaban las dunas de una playa. Más adelante, Jared distinguió el palacio con toda claridad. El cristal y la hojalata de sus torres relumbraba al sol.



Divisó a varios trasgos asomados a las ventanillas de un viejo coche herrumbroso. Dos de ellos olisquearon el aire y un tercero rompió a ladrar. Entonces todos empezaron a salir del vehículo. Cada uno de ellos irguió su cabeza de sapo, haciendo rechinar sus dientes de vidrio y hueso. Empuñaban picas y espadas curvas forjadas por enanos.



«¿Dices que tú solo has capturado a los dos».

—Diles algo —le susurró Jared a Cerdonio.

—He capturado a los humanos —anunció el trasgo—. ¡Y no gracias a vosotros, perros de estercolero!

Un trasgo grande se acercó cautelosamente. Sus dientes, de vidrio de botella —de un marrón verdoso y transparentes—, despedían destellos. Llevaba una chaqueta raída con botones deslustrados y un maltrecho tricornio. El sombrero llamó especialmente la atención a Jared, porque estaba teñido de color marrón teja. Varias moscas revoloteaban alrededor del trasgo.

—¿Dices que tú solo has capturado a los dos?

—Ha sido fácil, oh gran Ratacuco —se jactó Cerdonio—. Allí estaban, la

chica blandiendo esta espada…, se ve afilada, ¿verdad? ¡Pero yo he sido más rápido que ellos! Yo… —Al advertir la mirada de desconfianza de Ratacuco, las palabras del trasgo se apagaron gradualmente—. Vale. —Comenzó de nuevo—: Estaban durmiendo y yo…

Los trasgos prorrumpieron en fuertes ladridos. Jared no estaba seguro de si se trataba de carcajadas o de otra cosa.

—¡Bueno, la cosa es que atrapé a estos pillastres! Son mis prisioneros. —Cerdonio levantó la espada de Mallory. Parecía demasiado grande para sus manitas y se bamboleaba ligeramente.

Ratacuco ladró, y la punta de la espada se dobló. Jared echó una ojeada hacia arriba para ver si Simon y *Byron* se hallaban cerca, pero o estaban escondidos o se habían marchado. Jared deseó por millonésima vez que Simon fuera capaz de controlar al grifo.

—Aquí se hace lo que yo digo —declaró Ratacuco—. ¡Traedlos por aquí!

Mallory y Jared se vieron conducidos a empujones a través del depósito de chatarra por un ruidoso grupo de trasgos. Tenían que andar con cuidado para no pisar piezas puntiagudas de metal que sobresalían de la tierra seca. Cada vez que Mallory o Jared reducían la marcha, los trasgos les propinaban un empellón y los pinchaban con sus armas. Los tejanos de Jared se mancharon de óxido cuando pasó entre dos coches muy juntos. Finalmente llegaron a un claro donde otra docena de trasgos holgazaneaba alrededor de una hoguera. Había huesos pequeños desperdigados entre otros desechos.

Ratacuco soltó un gruñido y apuntó con el dedo a un automóvil azul situado cerca del fuego.

—Atad a los prisioneros allí.

—Deberíamos llevarlos al Palacio de la Basura —dijo Cerdonio, aunque no sonaba muy convencido.

—¡Silencio! —bramó el trasgo grande—. Aquí las órdenes las doy yo.

Un trasgo sonriente utilizó un rollo de alambre oxidado para sujetar las sogas de Jared y Mallory al coche. Mientras enrollaba el cable en torno al retrovisor lateral, Jared olió su fétido aliento y observó su piel extraña y moteada, los mechones que le salían de las orejas, el blanco cadavérico de sus ojos y los bigotes largos y trémulos. Los otros trasgos aguardaban en círculo, mirándolos con avidez.

—¡Volved a vuestros puestos, perros perezosos! —rugió el trasgo grande y se dirigió con el ceño fruncido a los que ya se encontraban ahí cuando él llegó

—: ¡Y más vale que cuando vuelva los prisioneros sigan donde yo los he dejado! ¡Voy a avisar a Mulgarath!

Cuando se marchó, la mayoría de sus trasgos se reincorporaron a sus patrullas, pero algunos permanecieron sentados junto al fuego.

Jared sacudió las manos. No le cabía duda de que los nudos estaban lo bastante sueltos para librarse, pero sí empezaba a dudar de que pudieran burlar a todos esos trasgos.



Jared y Mallory se quedaron sentados en el suelo frío y terroso durante lo que les pareció varias horas, contemplando a los trasgos que atrapaban lagartos pequeños y los arrojaban a la hoguera. Estaba oscureciendo, y los rayos dorados del sol que empezaba a ocultarse surcaron el cielo.

—Tal vez el plan no fuera tan maravilloso, después de todo —musitó Mallory—. Seguimos sin saber dónde está mamá, y ahora también hemos perdido a Simon.

—Bueno, pronto nos llevarán a su lado —susurró Jared. Tenía las manos cerca de las de Mallory, de manera que pudo darle un suave apretón para consolarla.

—¿A qué esperan? —gruñó ella.

—Tal vez a que regrese el grandote —respondió Jared.

Al otro lado de la fogata, uno de los trasgos lanzó una cosa negra que se retorció entre las llamas.

—Éstos nunca arden —se quejó el trasgo—. Ojalá ardieran.

—De todas formas no podrías comértelos —comentó otro.

Una vocecita que salió de la capucha de Jared le recordó que Dedalete seguía a su lado.

—¿Te has fijado? ¡Anda! —dijo en un susurro—. Una salamandra.



Jared echó un vistazo a sus pies. Uno de aquellos lagartos se encontraba cerca de su zapatilla. Era de un negro opalescente y su cuerpo alargado se estrechaba hacia la cola. Estaba comiéndose algo que semejaba la cola de otra salamandra.

—Jared —dijo Mallory—, ¿qué son esos bichos que hay en el fuego?

El chico se inclinó hacia delante hasta donde se lo permitieron sus ataduras. Entre las llamas vio todas las salamandras que los trasgos habían ido arrojando a la hoguera. Sin embargo, en lugar de achicharrarse, permanecían tranquilamente tendidas aunque todo ardía alrededor. Mientras Jared las observaba, algunas de ellas se movieron ligeramente: una ladeó la cabeza, otra se adentró en las llamas. Saltaba a la vista que eran inmunes al fuego.

Intentó recordar qué decía el cuaderno de campo de Arthur al respecto. Le parecía que había algún artículo sobre salamandras, pero las imágenes se desdibujaban en su mente. Esos animalitos le recordaban a los que aparecían en otra ilustración, pero no alcanzaba a identificarla. Estaba demasiado nervioso para concentrarse, demasiado preocupado por su madre, su hermano y los trasgos que los rodeaban.

Poco después, uno de los trasgos se acercó y tanteó la barriga de Jared con su sucia garra.

—Parecen muy sabrosos. Me dan ganas de pegarle un buen mordisco a una de esas mejillas sonrosadas. Seguro que es dulce como la miel. —Un largo hilillo de baba formó un charco junto a Jared.

El muchacho tragó saliva y se volvió hacia Cerdonio. El trasgo estaba

removiendo las brasas con la espada élfica. No levantó la vista, lo cual puso aún más nervioso a Jared.

Otro trasgo siguió la dirección de su mirada.

—Ratacuco creerá que lo hizo él —dijo, señalando a Cerdonio—. A fin de cuentas, estaba armando mucho follón hace un rato.

Cerdonio se puso de pie.

—Pero ¿qué se habrá creído este monigote cabeza de chafarraño…?

Un tercer trasgo se aproximó, relamiéndose y mostrando sus asquerosos dientes.

—Tienen tanta carne…

—¡Apartaos de él! —gritó Mallory, soltando la mano de Jared. Hasta entonces él no se había dado cuenta de que había estado apretándole la mano con tanta fuerza que le había clavado las uñas en la piel.

—¿Acaso prefieres que te comamos a ti? —preguntó el trasgo con dulzura —. ¿No son dulces y sabrosas todas las chicas? ¡Suena apetitoso!

—¡Cómete esto! —espetó Mallory, liberándose las manos y arreándole un puñetazo en la cara.

—¡La espada! —le gritó Jared a Cerdonio, forcejeando con la cuerda que le sujetaba las muñecas.

El trasgo miró a Jared, dejó caer la espada élfica y echó a correr hacia el borde del claro.

—¡Cobarde! —chilló Jared, furioso.

Libre al fin de sus ataduras, el muchacho corrió hacia el fuego, pero dos trasgos se agarraron a sus piernas y lo derribaron. Él se arrastró hasta que alcanzó la hoja de la espada con la mano, y acto seguido se la lanzó a su hermana con la empuñadura por delante. La mano le escocía, y con aturdida fascinación, Jared descubrió que se había hecho un corte. Otros trasgos le saltaron sobre la espalda, inmovilizándolo sobre la tierra.

—¡Apartaos de él!

Mallory avanzó, blandiendo la espada, que destellaba al hendir el aire.

Los trasgos retrocedían a su paso. Ella lanzaba estocadas para ahuyentarlos. Los que retenían a Jared saltaron de su espalda y se dispersaron en busca de sus armas.

—¡Vamos! ¡Corre! —gritó ella.



«¡Apartaos de él!».

Un trasgo trepó a su espalda de un brinco y la mordió en el hombro.

Jared agarró al trasgo por el brazo y se lo arrancó, mientras ella propinaba una patada a otro que se acercaba. Uno de aquellos seres recogió una pica forjada por enanos y embistió con ella a Mallory. Ella paró el golpe y contraatacó, hiriendo al trasgo con su espada. La criatura profirió un alarido y Mallory se quedó paralizada, consciente de lo que acababa de hacer. La hoja plateada estaba manchada de sangre. El trasgo se desplomó, pero otros más acudieron en tropel. Sin embargo, Mallory seguía sin reaccionar.

Un chillido que se oyó sobre su cabeza la despertó de su trance. *Byron*

descendió en picado hacia el claro y los trasgos huyeron a la desbandada, intentando protegerse bajo la basura. El grifo batía las alas pesadamente, levantando una nube de polvo.

—Vamos —apremió Jared, tirando a su hermana del brazo. Juntos subieron al capó herrumbroso de una ranchera y saltaron a un estrecho sendero bordeado de una alambrada corroída. Pasaron corriendo junto a una bañera volcada y una pila de neumáticos. Había una serie de puertas apoyadas contra una nevera y, cuando las dejaron atrás, Jared se detuvo de golpe. Allí, sobre una alfombra de fragmentos de metal, había una vaca.



Era una construcción gigantesca.

Capítulo Cinco

Donde descubren el significado de «Más allá hay dragonas».

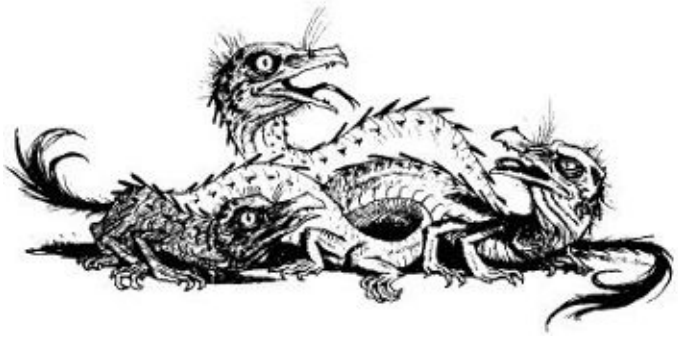
En un acto reflejo, Jared miró hacia atrás, pero los trasgos no los perseguían. El grifo aterrizó sobre un coche, abollándolo con las garras, y acto seguido se puso a lamerse como un gato. Simon, montado sobre él, sonrió de oreja a oreja.

Jared se volvió hacia Mallory, que tenía la vista fija en la vaca. El animal estaba encadenado al suelo, mugiendo quedamente, con los ojos muy abiertos. Tenía las ubres recubiertas de lo que parecía una multitud de serpientes negras que culebreaban y se disputaban unas a otras las ubres enrojecidas. Muchas de ellas oscurecían el suelo debajo de la vaca como una alfombra viviente. Al cabo de un momento Jared se percató de que los seres eran salamandras más grandes.

—¿Qué hacen esas cosas? —preguntó Mallory. La espada manchada de sangre colgaba lánguidamente a su lado, y a Jared lo asaltó el impulso de quitársela y limpiarla antes de que se diera cuenta.

En cambio, se acercó a la vaca.

—Están mamando, creo.



—¡Qué asco! —exclamó Simon, mirando con los ojos entornados desde el lomo de *Byron*—. Y qué cosa tan rara.

Había varias salamandras más en la tierra, cubiertas de escamas sin brillo, serpenteando. Eran bastante más grandes que las que Jared y Mallory habían visto en la hoguera.

—Están mudando la piel —observó Simón—. ¿Qué son?

Jared negó con la cabeza.

—Salamandras resistentes al fuego. Pero no deberían crecer tanto… Éstas más bien parecen… —No estaba seguro de a qué le recordaban. Algo lo inquietaba pero no sabía qué.

En ese momento, *Byron* salió disparado hacia delante, atrapó una de las criaturas negras con su pico, la arrojó hacia arriba y se la tragó. A continuación, devoró otra, y luego otra más.

Llevado por la glotonería, se lanzó a por otra, tan larga como el brazo de Jared, que se encontraba enroscada en el suelo. La criatura se revolvió, siseó, y de pronto Jared comprendió de qué se trataba.

—Son dragones —dijo—. Todos estos son dragones.

Con el rabillo del ojo, Jared vio que algo se movía en dirección a ellos, veloz como un látigo. Se dio la vuelta, pero aquella cosa negra lo golpeó con fuerza en el pecho. El muchacho se tambaleó hacia atrás y apenas tuvo tiempo de protegerse la cara con las manos antes de que el grueso cuerpo de un dragón tan grande como un sofá se le echara encima. Jared se golpeó la cabeza contra el suelo y por unos instantes se le nubló la vista.



—¡Jared! —aulló Mallory.

El dragón abrió la boca, dejando al descubierto cientos de dientes finos como agujas. Jared se quedó petrificado. Estaba demasiado asustado para moverse. Notaba un ardiente escozor en los lugares que le había tocado el resbaladizo cuerpo del dragón.

Mallory golpeó repetidamente con la espada y alcanzó al dragón en la cola. La sangre negra manó a borbotones y la bestia se revolvió hacia ella.

Jared se puso de pie, mareado y estremeciéndose. Tenía la piel enrojecida y sentía unas fuertes punzadas en el corte que se había hecho antes.

—¡Ten cuidado! —le advirtió a su hermana—. ¡Es venenoso!

—¡*Byron*! —gritó Simon, señalando la figura negra que se abalanzaba sobre Mallory—. ¡*Byron*! ¡A por él!

El grifo remontó el vuelo con un chillido. Jared, desesperado, siguió a *Byron* y Simon con la mirada. ¿Cómo iba Mallory a escapar del dragón? Lanzaba mandobles y estocadas tan ágilmente como podía, pero el dragón era demasiado rápido para ella. El animal se enrollaba y arremetía como una serpiente, intentando agarrarla con sus cortas patas delanteras, abriendo tanto la boca que daba la impresión de que se la tragaría entera. Mallory no aguantaría mucho más tiempo. Jared tenía que hacer algo.

Recogió el objeto más cercano, un trozo de metal, y se lo arrojó al dragón. La criatura dio media vuelta y embistió contra él, veloz como el rayo, con las mandíbulas abiertas de par en par, siseando.

El grifo descendió a toda velocidad del cielo y le hundió las zarpas en el lomo mientras lo hería con el pico. El dragón se enroscó alrededor de *Byron*, intentando estrangularlo con la cola. Simon se aferraba desesperadamente al grifo mientras éste batía las alas para elevarse de nuevo. El dragón se retorció y clavó los dientes en el cuerpo cubierto de pelo y plumas de *Byron*. Sus alas dejaron de moverse por unos momentos y, debido al brusco descenso, Simon se cayó de su lomo. Jared corrió hacia su hermano gemelo, que se precipitaba sobre

el vertedero. Simon aterrizó sobre un montón de mosquiteras de ventana, con el brazo torcido.



El dragón se enroscó alrededor de Byron.

—¿Simon? —Jared se arrodilló a su lado.

Su hermano soltó un leve quejido y se apoyó en el otro brazo para incorporarse. Tenía marcas rojas de veneno de dragón en la mejilla y en el cuello, pero el resto de su piel estaba muy pálido.

—¿Te encuentras bien? —susurró Jared.

Mallory palpó el brazo de Simon con cuidado. Éste hizo una mueca de dolor y se puso en pie temblando. Por encima de ellos, el dragón y el grifo luchaban encarnizadamente en un torbellino de escamas y plumas. El dragón había

clavado hasta el fondo los dientes en el cuello de *Byron*, que volaba sin rumbo fijo.



—Se va a morir.

Simon se dirigió hacia la vaca, que alimentaba a la masa de serpientes diminutas.

—¿Qué haces? —preguntó Jared a su espalda.

Cuando Simon se volvió hacia ellos, tenía el rostro bañado en lágrimas. Mientras Jared lo observaba, Simon (que nunca había matado ni a una mosca, que siempre sacaba a las arañas de casa para salvarlas) le aplastó la cabeza de un pisotón a una de las crías de dragón, reduciéndola a un manchurrón bajo su zapato. La criatura soltó un chillido. La sangre de dragón penetró en la tierra y fundió el borde de la suela de Simon.

—¡Mira! —gritó—. ¡Mira lo que hago con tus crías!

El dragón dio la vuelta en el aire y *Byron* aprovechó la oportunidad. Hundió el pico en el cuello del ser y le abrió una tremenda herida. El dragón quedó inerte entre las garras del grifo.



—¡Simon! ¡Lo has conseguido! —exclamó Mallory.

Simon siguió con la vista a *Byron* mientras éste se posaba cerca de ellos. Tenía las plumas empapadas en sangre, de manera que se sacudió para limpiarse. Luego, tras dejar caer el cuerpo del dragón grande, continuó devorando a las crías.

—Esto no está saliendo como habíamos planeado —dijo Simon.

—Pero ahora estamos más cerca del palacio —señaló Jared—. Mamá tiene que estar ahí.

—¿Crees que puedes seguir adelante, Simon? —preguntó Mallory, que tampoco parecía estar en plena forma, ya que tenía un corte en la mejilla y un siete enorme en el hombro de la chaqueta.

Simon asintió en silencio, con aire sombrío.

—Yo sí, pero no sé si *Byron* podrá.

—No nos queda más remedio que dejarlo aquí —decidió Jared—. Creo que estará bien. Al parecer, el veneno no lo afecta.

Byron se tragó otra salamandra negra que se retorcía y fijó sus ojos dorados y extraños en los hermanos Grace. Simon le acarició el pico con suavidad.

—Sí. Por lo visto le gustan más los dragones que todo lo que yo le daba de comer.

—A ver si puedo hacer algo con tu brazo —le dijo Mallory—. Creo que está roto.

Utilizó su camiseta interior para atarle cuidadosamente el brazo al costado.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —inquirió Simon, dolorido.

—Sí, estoy segura —respondió Mallory, haciendo un nudo apretado con la tela.



Echaron a andar en dirección al palacio. Era una construcción gigantesca hecha de algo que semejaba cemento o estuco mezclado con grava, trozos de vidrio y latas de aluminio. Daba la impresión de estar vaciado, más que moldeado, y algunas partes parecían de lava solidificada. Las ventanas tenían formas extrañas, como si el arquitecto hubiese ajustado la forma de la casa a todos los residuos que había ido encontrando. En el interior titilaban unas luces. Varias torres rematadas en finas agujas sobresalían del tejado, negro de brea y cubierto de varias capas superpuestas de algo parecido a escamas de pescado. Al acercarse, Jared se percató de que la verja principal estaba hecha de viejas cabeceras de latón. Al otro lado había una profunda fosa excavada en la tierra y tachonada de piezas puntiagudas de metal y vidrios rotos. El puente levadizo estaba tendido.

—¿No debería haber unos trasgos vigilando la entrada o algo así? —preguntó Mallory.

Jared miró en derredor. A lo lejos divisó unas volutas de humo que se elevaban de lo que supuso eran campamentos de trasgos.

—Pronto será noche cerrada —observó Simon.

—Da la sensación de que nos lo han puesto demasiado fácil —dijo Jared—. Como si nos hubiesen tendido una trampa.

—Pues sea o no una trampa, tenemos que cruzar ese puente —aseguró Mallory.

Simon asintió con la cabeza. Jared todavía pensaba que Simon estaba demasiado pálido y se preguntó si el brazo le dolería mucho. Al menos tenía la piel un poco menos irritada que antes.

Con cautela Jared apoyó un pie sobre el puente, en guardia por si ocurría cualquier cosa. No cesaba de dirigir la mirada a los vidrios afilados que sobresalían del foso. Y entonces cruzó a toda prisa hasta el otro lado. Mallory y Simon se quedaron sorprendidos por un momento, pero enseguida corrieron tras él.



El puente levadizo estaba tendido.

Al entrar en el palacio, se encontraron en un enorme vestíbulo construido con material de desecho y algo semejante al cemento. Los arcos de la entrada estaban adornados con guardabarros de cromo curvados. Varios tapacubos que colgaban de cadenas sujetas al techo destellaban a la luz vacilante de docenas de velas amarillas de las que goteaba cera. En un hueco de la pared había un hogar lo bastante grande para asar a Jared en él.

En aquel lugar reinaba un silencio inquietante. Sus pisadas resonaban en las salas mal iluminadas, y sus sombras se proyectaban alargadas en las paredes.

Se adentraron en el palacio, pasando junto a unos sofás que olían a moho tapados con cubrecamas raídos.

—¿Tenemos algo remotamente parecido a un plan? —quiso saber Mallory.

—No —contestó Jared.

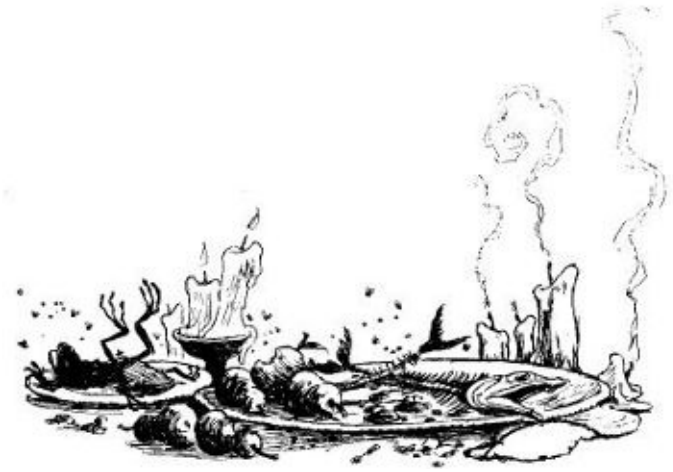
—No —repitió Simon.

—Silencio —advirtió Dedalete—, id con cuidado. Creo que he oído algo por ese lado.

Se detuvieron un momento y aguzaron el oído. Percibieron un ruido muy leve que casi sonaba a música.

—Creo que proviene de ahí —señaló Jared, abriendo una puerta decorada con más de una docena de pomos.

En el interior de la estancia había una mesa larga y elevada formada por una tabla de madera colocada sobre tres caballetes. Unas velas gruesas que apestaban a pelo quemado ocupaban casi toda la superficie. Regueros de cera derretida resbalaban por los costados. Sobre la mesa había también fuentes de comida: bandejas alargadas y grasientas con ranas asadas, manzanas mordisqueadas, la cola y la raspa de un pescado grande. Las moscas revoloteaban ávidamente alrededor de los restos. Desde algún lugar de la habitación les llegaba una serie de notas muy agudas.



—¿Qué es eso? —preguntó Simon, pasando apretadamente junto a una silla de gran tamaño. De repente se detuvo, con la vista clavada en algo que Jared y Mallory no alcanzaban a ver. Se acercaron a él en silencio.

Bajo una ventana abierta había una urna voluminosa. Allí, a la luz trémula, Jared vislumbró unos espíritus del bosque atrapados en miel, hundiéndose en ella como si fueran arenas movedizas. Los gritos apenas perceptibles de los espíritus eran el sonido que habían oído antes.

Simon alargó la mano para liberar a los espíritus, pero la miel, muy densa, se adhería a sus alas, desgarrándoselas. Los espíritus chillaron cuando los depositó sobre la mesa amontonados en un revoltijo pegajoso. Uno de ellos yacía totalmente inmóvil, como un muñeco. Jared desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Crees que hay más allí dentro? —susurró Mallory.

—Me temo que sí —contestó Simon—, en el fondo.

—Tenemos que seguir adelante. —Jared se encaminó a otra puerta. Al pensar en los diminutos seres ahogados sintió un profundo pesar.

—En este palacio hay demasiado silencio —comentó Mallory, siguiéndolo.

—Mulgarath no puede pasarse todo el día aquí —aventuró Jared—. A lo mejor tenemos suerte. Tal vez encontremos a mamá y podamos marcharnos sin más.

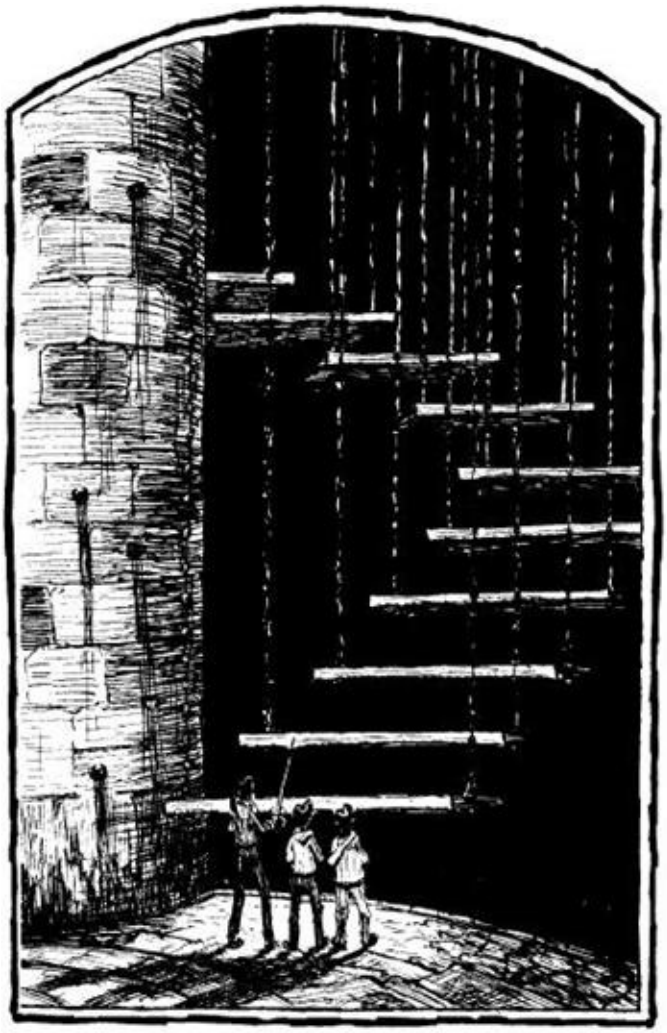
Mallory asintió, aunque no parecía muy convencida.

Pasaron junto a un mapa colgado en una pared. Se parecía mucho al viejo mapa de Arthur, salvo porque habían tachado los nombres y los habían sustituido por otros. Jared advirtió que habían escrito *PALACIO DE MULGARATH* encima del depósito de chatarra y que a todo lo largo del margen superior ponía ahora:

LOS DOMINIOS DE MULGARATH.

—¡Mirad! —exclamó Simon.

Delante de ellos se abría una sala espaciosa con un trono en el centro. Estaba rodeado de alfombras solapadas con diferentes dibujos, todas ellas apolilladas y desgastadas. El trono estaba formado por piezas de metal serradas y soldadas entre sí.



La escalera parecía imposible de subir.

En un extremo de la estancia arrancaba una escalera de caracol cuyos peldaños eran tablas suspendidas de dos largas cadenas. El conjunto ofrecía el aspecto de una telaraña que oscilaba con la brisa. En la penumbra la escalera

parecía imposible de subir.

Mallory se aupó hasta el primer escalón, que se balanceó de forma alarmante. Intentó trepar al siguiente, pero estaba demasiado alto.

—¡Los peldaños están demasiado separados! —protestó.

—Son perfectos para un ogro —dijo Simon.

Al fin, Mallory logró aferrarse al segundo escalón, izarse hasta apoyar el pecho sobre él y subir las piernas.

—Simon no podrá escalar esto —objetó.

—Puedo… Estaré bien —insistió Simon, encaramándose torpemente al primer escalón.

Mallory negó con la cabeza.

—Te vas a caer.

—Agárrate fuerte —le gritó Dedalete desde la capucha de Jared—. Lo conseguirás con un poco de suerte.

Entonces Jared, asombrado, vio que cada peldaño se acercaba y permanecía firme para permitir que sus hermanos treparan a él. Con la ayuda de su brazo sano y de Mallory, Simon fue subiendo un escalón tras otro.

—Ellos han subido primero. Ahora tú mueve el trasero —lo apremió Dedalete.

—Vale, de acuerdo.

Jared escaló trabajosamente los peldaños. Aun con la ayuda del duende, el corazón le latía más deprisa conforme iba subiendo. La herida de la mano le escocía cuando se agarraba a las cadenas. Al mirar hacia la oscuridad de abajo sintió un fugaz mareo.

En lo alto de la escalera había un pasillo con tres puertas disparejas.

—Probemos la de en medio —sugirió Simon.

—Hemos hecho mucho ruido —dijo Mallory—. ¿Dónde están todos? Esto me pone la carne de gallina.

—Tenemos que seguir adelante —los animó Jared, pronunciando las mismas palabras que hacía un rato.

Con un suspiro, Mallory empujó la puerta. Se abría a una habitación muy amplia con un balcón construido con piedras que no casaban entre sí y cadenas. Unas enormes vidrieras de catedral, compuestas de fragmentos de vidrio de colores, ocupaban la pared del fondo. Su madre se encontraba en un rincón, atada, amordazada e inconsciente. En el otro extremo de la estancia, colgando de unas cuerdas que pasaban por una polea, estaba su padre.



«¿Qué haces aquí?».

Capítulo Seis

Donde los acontecimientos se precipitan

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jared.

A su espalda, oyó que Simon y Mallory exclamaban «¡papá!» a coro. El cabello negro de su padre estaba un poco despeinado y llevaba uno de los faldones de la camisa por fuera del pantalón, pero no cabía duda de que era él.

Su padre abrió mucho los ojos.

—¡Jared! ¡Simon! ¡Mallory! Gracias al cielo que estáis bien.

Jared arrugó el entrecejo. Algo de todo aquello le olía pero que muy mal. De nuevo echó un vistazo alrededor de la habitación. Al otro lado del balcón divisó a unos trasgos que se apiñaban en la penumbra, sujetando antorchas. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Deprisa —urgió Mallory—. Hay que poner manos a la obra cuanto antes. Jared, desata a mamá. Yo me ocupo de papá.

Jared se agachó y le tocó la pálida mejilla a mamá. Estaba fría y sudorosa. No llevaba las gafas.

—Mamá está inconsciente —dijo.

—¿Respira? —preguntó Mallory.

Jared acercó un dedo a los labios de su madre y notó el leve soplo de su respiración.

—Está bien. Está viva.

—¿Has visto a Mulgarath? —le preguntó Simon a su padre—, ¿el ogro?

—Fuera se armó un buen alboroto —contestó el señor Grace—. Después no

vi nada más.

Mallory se puso a manipular la polea y logró bajar las manos de su padre.

—¿Cómo te atraparon, si estabas en California?

Papá sacudió la cabeza con gesto cansado.

—Vuestra madre me llamó porque estaba muy preocupada. Me dijo que los tres os habíais estado comportando de forma extraña y que después habíais desaparecido. Vine lo antes posible, pero cuando llegué los monstruos ya habían irrumpido en la casa. Fue espantoso. Al principio no podía creer lo que estaba ocurriendo. No dejaban de hablar de un cuaderno de campo. ¿De qué va todo esto?

—Tío Arthur… —empezó a decir Jared.

—Es el tío abuelo de mamá, o sea, nuestro tío bisabuelo —puntualizó Mallory mientras intentaba deshacer los nudos.

—Sí, eso. El caso es que le interesaban los seres sobrenaturales —prosiguió Jared al tiempo que desataba a su madre, quien permanecía inconsciente. Jared le alisó el cabello, deseando que abriese los ojos.

—A su hermano se lo comió un trol —intervino Simon.

Jared asintió con la cabeza y lanzó una mirada inquieta alrededor. ¿Cuánto tardarían en descubrirlos? ¿De verdad tenían tiempo para explicaciones? Ahora que habían encontrado a mamá, debían poner pies en polvorosa enseguida.



—De modo que escribió un libro sobre los seres sobrenaturales, un cuaderno que contenía información que ni ellos mismos conocían.

—Porque al parecer no están muy interesados los unos en los otros —agregó Mallory.

¿Cómo iban a bajar a su madre por las escaleras? ¿Podría llevarla su padre en brazos? Jared intentó concentrarse. Debían exponer la situación a su padre y asegurarse de que la entendiera.

—Pero los seres sobrenaturales no querían que una persona tuviera tanto poder sobre ellos, así que intentaron arrebatarle el libro. Como él se negó a dárselo, se lo llevaron a él.

—Se lo llevaron los elfos —precisó Simon.

—¿Ah, sí? —preguntó papá con un extraño brillo en los ojos.

Jared exhaló un suspiro.

—Bueno, ya sé que parece increíble, papá, pero mira a tu alrededor. ¿Crees que esto es un decorado, como los de tus películas?

—Os creo —afirmó su padre en voz baja.

—En resumidas cuentas —continuó Mallory—, encontramos el cuaderno.

—Pero lo hemos perdido de nuevo —dijo Simon—. El ogro se ha apoderado de él.

—Además, tiene un plan demencial para conquistar el mundo —añadió Mallory.

Papá arqueó las cejas, pero se limitó a decir:

—Entonces ahora que habéis perdido el cuaderno, la sabiduría que contenía se ha perdido también. ¿No conserváis una copia? Sería una pena que…

—Jared memorizó buena parte del contenido —explicó Simon—. Seguro que él podría escribir un libro por su cuenta.

Mallory asintió con un gesto.

—Y en los últimos tiempos hemos aprendido unas cuantas cosas, ¿verdad, Jared?

Jared sonrió y bajó la vista.

—Supongo —dijo al fin—. Pero desearía acordarme de más cosas.

Papá flexionó las muñecas recién liberadas y estiró las piernas.

—Lamento no haber estado aquí antes. No debí abandonaros a vosotros ni a vuestra madre. Quiero compensaros por lo que hice. Quiero quedarme.

—Nosotros también te hemos echado de menos, papá —dijo Simon.

—Sí —reconoció Mallory, mirándose las botas.

Jared guardó silencio. Lo que estaba ocurriendo le parecía demasiado bueno para ser cierto. Todo aquello era sospechoso.

—¿Mamá? —murmuró y la sacudió con suavidad.

Papá extendió los brazos.

—¡Venid a darme un abrazo!

Simon y Mallory se acercaron a abrazarlo. Jared miró a su madre y, de mala gana, se dispuso a cruzar la habitación, cuando su padre dijo:

—Quiero que estemos todos juntos para siempre.

Jared se quedó petrificado. Deseaba con toda su alma que eso sucediera, pero no acababa de creérselo.

—Papá nunca diría eso —replicó.

Su padre lo agarró del brazo.

—¿Es que no quieres que volvamos a ser una familia?

—¡Claro que sí! —gritó Jared, soltándose y retrocediendo un paso—. Quiero que papá deje de portarse como un tonto y que mamá ya no esté triste. Quiero que papá deje de hablar de sí mismo y de sus películas y de su vida todo el tiempo; que se acuerde de que soy el perdedor a quien por poco expulsan del colé, que Simon es al que le gustan los animales y que Mallory es la que practica esgrima. Pero eso no va a ocurrir, ¡porque tú no eres él!

Jared notó que los familiares ojos color avellana de papá empezaban a adquirir tintes amarillentos. Su cuerpo comenzó a alargarse y ensancharse hasta convertirse en una figura descomunal vestida con los andrajosos restos de un traje que en otros tiempos fue elegante. Sus manos se transformaron en zarpas y sus cabellos oscuros se entretejieron para formar ramas.

—Mulgarath —dijo Jared.

El ogro agarró a Mallory por el cuello con un brazo y a Simon con el otro.

—¡Ven aquí, Jared Grace! —atronó la voz de Mulgarath, mucho más grave que la de su padre. Se dirigió al balcón a grandes zancadas, sin soltar a sus presas—. Si no te rindes, tiraré a tus hermanos al foso de vidrio y hierro.

—Déjalos en paz —ordenó Jared con voz temblorosa—. Tú tienes el cuaderno de campo.

—No puedo dejaros ir —repuso Mulgarath—. Conoces el secreto para acelerar el crecimiento de los dragones y también para matarlos. Conoces los puntos débiles de mis trasgos. No puedo permitir que escribas otro cuaderno.

—¡Corre! —gritó Mallory—. ¡Llévate a mamá y corre! —Le pegó un mordisco al ogro.

Mulgarath soltó una siniestra carcajada y apretó el brazo en torno a su cuello, levantándola en vilo.

—¿Crees que tus miserables fuerzas bastan para detenerme, niña humana?

Simon pataleó, pero el monstruo gigantesco no se dio por enterado.



«Tú no eres él».

Se oyó un quejido en el otro extremo de la habitación, y Jared se volvió a medias. Mamá se rebulló y abrió los párpados. De pronto miró alrededor con los ojos desorbitados.

—¿Richard? Me ha parecido oír… ¡Oh, Dios mío!

—Todo irá bien, mamá —le aseguró Jared, esforzándose por mantener un tono firme.

El hecho de que ella viese lo que estaba ocurriendo hacía que todo fuese aún más horrible.

—¡Mamá, dile que corra! —insistió Mallory—. ¡Corred los dos! ¡Rápido!

—Silencio, niña, o te romperé el cuello —gruñó el ogro, aunque acto seguido se dirigió a Jared con una actitud más serena—. Es un trato justo, ¿no crees? Tu vida a cambio de las de tus hermanos y tu madre.

—Jared, ¿qué pasa? —preguntó mamá.

El muchacho intentó conservar la calma. No quería morir, pero sería mucho peor que hicieran daño a sus hermanos y a su madre delante de él. Parecía que el ogro empezaba a relajar la presión con que sujetaba a Simon y Mallory, como si se dispusiera a soltarlos de un momento a otro.

—¿No nos dejarás ir… aunque te prometa que no escribiremos un nuevo cuaderno de campo?

Mulgarath negó lentamente con la cabeza, con una oscura satisfacción en la mirada.

—¡Déjalos! —exigió su madre, presa del pánico—. ¡Suelta a mis hijos! Jared, ¿qué estás haciendo?

Fue entonces cuando Jared reparó en la espada de Mallory, que estaba en el suelo. Esto lo ayudó a concentrarse. Debía trazar un plan. Recordó lo que Arthur había dicho sobre los ogros: que les gustaba alardear. Esperaba que Mulgarath no fuera una excepción.



«¿Por qué haces todo esto?».

—Me rendiré y me entregaré a ti.

—¡No, pedazo de idiota! —bramó Mallory.

—¡Jared, no lo hagas! —gritó Simon.

—Pero antes… —Jared tragó saliva y rezó para que el ogro mordiera el anzuelo— me gustaría saber una cosa. ¿Por qué haces todo esto? ¿Por qué ahora?

Mulgarath sonrió, mostrando los dientes.

—Vosotros los humanos arrambláis con todo y os quedáis con lo mejor. Vivís en palacios, os dais grandes banquetes y os vestís con seda y terciopelo finos como si fuerais reyes. En cambio, se supone que nosotros, que vivimos para

siempre y tenemos poderes mágicos, debemos inclinarnos ante vosotros y permitir que nos pisoteéis. Pues bien, eso se acabó.

»Llevo mucho tiempo planeando este golpe. Primero creí que tendría que esperar a que mis dragones crecieran. El tiempo está de mi parte. Pero el cuaderno de campo me permitió acelerar el proceso. Siempre y cuando se les proporcione suficiente leche, los dragones son bastante dóciles, ¿sabes? Y estoy seguro de que habrás notado con qué rapidez se desarrollan gracias a la leche y lo poderosos que se vuelven. Los elfos son demasiado débiles para detenerme, y los humanos ni siquiera se imaginan lo que les espera. Se acerca una nueva era… ¡la era de Mulgarath! ¡La era de los trasgos! ¡Esta tierra tendrá un nuevo señor!

Jared ladeó la cabeza, confiando en que Mulgarath estuviera demasiado ocupado hablando para darse cuenta, y susurró a su capucha:

—Dedalete, ¿puedes conseguir que las cadenas de la baranda queden sujetas a las piernas de Mallory y de Simon?

El duende se agitó.

—Sin hacer ruido ponme en el suelo, y ya veremos entonces si puedo —musitó.

—Seguiré dándole palique —susurró Jared y acto seguido alzó la voz, dirigiéndose al ogro—. Pero ¿por qué tuviste que matar a los enanos? No lo entiendo. Ellos querían ayudarte.

—Acariciaban su propio sueño de un mundo hecho de hierro y oro. Pero ¿qué gracia tendría dominar un mundo como ése? No, yo quiero un mundo de carne, sangre y hueso. —El ogro sonrió de nuevo, complacido por el sonido de sus propias palabras, y bajó la vista hacia Jared—. Ya hemos charlado bastante. Acércate.

—¿Y qué pasa con el cuaderno de campo? —preguntó Jared—. Al menos dime dónde está.

—No tiene mucho sentido que te lo diga —replicó Mulgarath—. No se encuentra a tu alcance.

—Sólo tengo curiosidad por saber si habría sido capaz de encontrarlo —insistió Jared.

Una sonrisa cruel deformó las facciones del ogro.

—De hecho, si hubieras sido más astuto, habrías dado con él. Es una pena que no seas más que un niño humano; no eres rival para mí. El cuaderno ha estado debajo de mi trono durante todo este tiempo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Jared—. Hemos matado a tus dragones. Espero que eso no afecte demasiado a tu ingenioso plan.

La expresión de Mulgarath revelaba auténtica sorpresa, aunque su rostro enseguida se crispó con furia.

Jared vio con el rabillo del ojo que unas cadenas se deseslabonaban y serpenteaban por el suelo como víboras. Una de ellas se enroscó en torno a la pierna de Mallory, otra rodeó la cintura de Simon. Cuando el metal le rozó la piel, Mallory dio un respingo. Una tercera cadena reptó hacia el tobillo de Mulgarath y Jared esperó que el ogro no se percatara.

Por desgracia, la pausa que hizo Jared bastó para llamar la atención de Mulgarath. Éste miró hacia abajo y descubrió a Dedalete, que corría por el suelo. El ogro tomó impulso con su gigantesco pie y propinó al duende una patada que lo mandó al otro extremo de la habitación, donde cayó como un guante arrugado junto a la señora Grace.

—¿Qué es esto? —rugió Mulgarath, quitándose de un pisotón los eslabones que le rodeaban el tobillo—. ¿Pretendías gastarme una mala jugada?



Jared se abalanzó hacia delante y recogió la espada plateada de Mallory.

Con una carcajada, Mulgarath arrojó a Simon y a Mallory por encima de la baranda del balcón. Ambos profirieron un grito que enseguida se apagó, mientras el alarido de su madre se prolongaba indefinidamente. Jared no sabía si las cadenas habían resistido. No sabía nada.

Sintió náuseas. La rabia se apoderó de él. Todo lo veía pequeño y lejano. Notaba el peso de la espada en la mano como si fuera lo único real en el mundo. Levantó el arma en alto. Alguien, a lo lejos, pronunciaba su nombre en voz alta, pero le daba igual. Ya nada le importaba.

Entonces, justo cuando se disponía a atacar, reparó en la mirada de

satisfacción del ogro, como si estuviese haciendo precisamente lo que Mulgarath esperaba…, como si Jared le estuviese siguiendo el juego. Si le lanzaba un golpe con la espada, estaría midiendo sus fuerzas con el ogro, que sin duda vencería.

De improviso, Jared desvió el golpe inclinando la espada hacia abajo, de tal manera que clavó la punta en el pie a Mulgarath.



El ogro soltó un berrido de sorpresa y dolor al tiempo que levantaba el pie herido. Jared dejó caer la espada, agarró el extremo de la cadena que Mulgarath estaba pisando y tiró de ella con todas sus fuerzas. El ogro se tambaleó hacia atrás, pugnando por recuperar el equilibrio, pero justo en el momento en que sus pantorrillas chocaban contra las cadenas que formaban la barandilla, Jared lo embistió de nuevo. El peso de Mulgarath arrancó las cadenas de la pared, y el monstruo se precipitó al vacío.

Jared corrió hasta el balcón. Inmensamente aliviado, constató que Simon y

Mallory colgaban de sus cadenas sobre el foso, Simon sujeto por la cintura, y Mallory por la pierna. Lo llamaron con voz débil.

Jared empezaba a sonreír cuando Mulgarath empezó a escalar hacia ellos valiéndose de otra cadena, mientras su cuerpo adquiría la forma sinuosa de un dragón.

—¡Cuidado! —advirtió Jared.

Simon, que se encontraba suspendido más cerca del monstruo, intentó darle una patada, pero sólo consiguió que las cadenas se balancearan de manera peligrosa.

Mallory y Simon chillaron cuando Jared se inclinó lo más que pudo, blandiendo la espada de nuevo. Esta vez la hoja golpeó la cadena de la que pendía el ogro, cortándola e incrustándose en la pared del palacio. Mulgarath empezó a transformarse de nuevo. Mientras el ogro caía a toda velocidad hacia los afilados cristales del foso, su cuerpo se redujo hasta convertirse en el de una golondrina. El pájaro salió volando del foso haciendo un viraje y se dirigió hacia la muchedumbre de trasgos que se había reunido. En unos segundos, Mulgarath conduciría a ese ejército al palacio, y la familia Grace no tendría escapatoria.

Pero entonces, cuando el ave emprendió un giro para volar de regreso a donde se encontraban los chicos, un trasgo extendió el brazo y cazó al pájaro al vuelo. Todo ocurrió tan deprisa que Jared no tuvo tiempo de sorprenderse y el ogro no tuvo tiempo de cambiar de forma otra vez.

Cerdonio le arrancó la cabeza a la golondrina de un mordisco y la masticó dos veces con evidente delectación.

—Avechucho chamagoso —dijo tragando.

Jared no pudo evitarlo. Rompió a reír.





«Todo este tiempo yo no sabía nada».

Epílogo

Donde concluye la historia de los hermanos Grace

Jared se sentó en el reluciente suelo de la biblioteca recién limpiada de Arthur y se apoyó en la pierna de tía Lucinda. Mallory, arrodillada a su lado, apilaba viejas cartas escritas en idiomas que ninguno de ellos sabía. Simon hojeaba un viejo libro con fotografías color sepia mientras mamá les servía un té.

La escena habría resultado bastante corriente de no ser porque Cerdonio estaba sentado cerca en una banqueta para los pies, jugando a las damas con Dedalete, que iba vendado y tenía un aspecto irritado.

Lucinda sostuvo en alto una de las pinturas de una niñita que descansaban sobre el escritorio de Arthur.

—No puedo creerlo. Durante todo este tiempo yo no sabía nada.



Habían pasado tres semanas desde que derrotaron a Mulgarath, y por fin Jared empezaba a pensar que esta vez la tranquilidad iba a durar. Los trasgos se habían dividido en grupos que luego se enfrentaron entre sí. Para cuando salieron del palacio, *Byron* ya se había marchado, al parecer después de zamparse hasta la última cría de dragón. Jared, Simon, Mallory y su madre habían regresado a casa a pie. Había sido una larga caminata, y cuando llegaron a casa estaban tan

cansados que se desplomaron sobre los montones de plumas y tela que antes eran sus camas, sin quejas ni comentarios. Ya había oscurecido cuando Jared se despertó. Dedalete estaba en una almohada a su lado, acurrucado junto al gatito anaranjado de Simon. Sonriendo, Jared respiró hondo y casi se atragantó con las plumas.

Al bajar las escaleras, topó con su madre, que estaba limpiando la cocina. En cuanto él cruzó la puerta, ella lo abrazó.

—Lo siento mucho —dijo mamá.

Aunque en cierto modo esto le hacía sentir como un niño pequeño, él le devolvió el abrazo y los dos permanecieron así durante largo rato.

Al cabo de unos días, esa misma semana, la señora Grace había hecho una serie de trámites para sacar a Lucinda del hospital psiquiátrico e instalarla en casa. Jared se quedó asombrado cuando un día volvió del colegio y encontró a su tía abuela, con un peinado y un vestido nuevos, sentada en la sala de estar. Al morir Mulgarath, seguramente su magia se había extinguido, y aunque Lucinda caminaba a menudo con un bastón, tenía la espalda tan recta como cuando era joven.

La señora Grace no había conseguido tan buenos resultados en relación con los problemas escolares de Jared: lo habían expulsado. La madre los había matriculado, a él y a Simon, en una escuela privada cercana. Les había asegurado que ahí impartían unos cursos excelentes de arte y de ciencias. Mallory decidió quedarse en el antiguo colegio. Al fin y al cabo, sólo le faltaba un año para entrar en el instituto y tenía todavía mucho por demostrar en el equipo de esgrima del J. Waterhouse.

Jared, por su parte, había guardado el cuaderno de campo de Arthur bajo llave en su arcón de metal. Sin embargo, después de todo lo ocurrido, no sabía qué pensar. ¿Seguirían acosándolos aquellos seres? ¿Se habrían terminado los problemas ahora que el ogro había muerto, o lo peor estaba aún por llegar?

En el despacho empezó a soplar una brisa que desparramó los papeles y sacó a Jared de sus pensamientos. Simon se puso en pie de un salto para intentar atrapar las cartas arrastradas por la corriente de aire.

—¿Te has dejado alguna ventana abierta? —le preguntó mamá a tía Lucinda.

—No recuerdo haberlo hecho —respondió ésta.

—Ya la cierro yo —se ofreció Mallory, y se encaminó hacia la ventana.

Entonces una hoja solitaria entró transportada por la brisa. Danzó en el aire, girando, flotando, y fue a parar justo a los pies de Jared. Era de color marrón

verdoso, y a Jared le pareció que era de arce. Su nombre aparecía escrito en la hoja con una caligrafía esmerada. Le dio la vuelta y leyó:



—No dice dónde —señaló Mallory, que había leído el mensaje por encima de su hombro.

—En el claro, supongo —dedujo Jared.

—No pensarás ir, ¿no? —preguntó Simon.

—Pues sí —contestó Jared—. Lo prometí. Debo entregarles el cuaderno de campo de Arthur. No quiero que nada de esto vuelva a pasar.

—Entonces iremos contigo —anunció Simon.

—Yo también iré —dijo mamá.

Los tres niños se quedaron mirando a su madre, atónitos, y luego se miraron entre sí.

—Y no os olvidéis de mí, chachalacos —saltó Cerdonio.

—No os olvidéis de nosotros —corrigió Dedalete.

Tía Lucy alargó el brazo para coger su bastón.

—Espero que ese sitio no esté muy lejos.

Esa noche salieron todos de la casa provistos de faroles, linternas y el cuaderno de campo. A los chicos les resultaba extraño salir en busca de seres

sobrenaturales con mamá a la zaga y tía Lucy del brazo de Simon. Caminaron colina arriba y descendieron cuidadosamente por la otra ladera.

A Jared le pareció oír que alguien susurraba: «Listo es el que hace listezas», pero quizá se trataba sólo del viento o de su memoria.

El claro estaba iluminado por docenas y docenas de espíritus del bosque que zumbaban en el aire, centelleando como luciérnagas gigantes, posándose en las ramas de los árboles o sobre la hierba. Varios elfos —muchos más que en la primera visita de los niños— estaban sentados en el suelo, ataviados con los intensos colores del otoño, como para camuflarse en la floresta.

Los elfos guardaron silencio cuando el reducido grupo de humanos se dirigió al centro del claro. Allí, de pie entre todos los que estaban sentados, se hallaba la elfa de ojos verdes, con una expresión inescrutable. Junto a ella se encontraban el elfo con las hojas en la frente, con el semblante adusto, y el pelirrojo Lorengorm, que sonreía.

Al pensar en lo que habría hecho Dedalete, Jared se inclinó en una torpe reverencia. Los otros siguieron su ejemplo.

—Hemos traído el cuaderno —anunció Jared, y se lo tendió a la elfa de ojos verdes.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Has hecho bien. Todos debemos fidelidad a nuestras promesas, y si tú hubieses quebrantado la tuya, Simon se habría visto obligado a permanecer con nosotros durante una larga temporada.

El aludido sintió un escalofrío y se arrimó a Mallory. Jared frunció el ceño.

—Sin embargo, puesto que la has cumplido —prosiguió ella—, deseamos entregaros el cuaderno para que lo custodiéis celosamente.

—¿Qué? —exclamó Mallory.

Jared también se quedó boquiabierto.

—Habéis demostrado que los humanos sois capaces de utilizar las enseñanzas que contiene para hacer el bien. Así pues, os devolvemos el libro.

Lorengorm dio un paso al frente.

—Deseamos asimismo daros una muestra de nuestra gratitud por haber restablecido la paz en estas tierras. Con este objeto hemos decidido haceros una dádiva.

—¿Una dádiva? —Cerdonio sacó pecho—. ¿Y a mí qué me dais? ¿Cómo es que estos saltabancos van a recibir una recompensa cuando fui yo quien derrotó a Mulgarath?

Varios elfos estallaron en carcajadas, y Dedalete dirigió a Cerdonio una mirada severa.

—Ya me extrañaba a mí que viniera con nosotros para apoyarnos —comentó Mallory.

—¿Qué es lo que quieres, pequeño trasno? —preguntó la elfa de ojos verdes.

—Bueno —dijo Cerdonio, llevándose un dedo a la boca en actitud pensativa —, quisiera… algún tipo de medalla, sí, eso es. De oro, con una inscripción: «Intrépido mataogros». No, mejor: «Aniquilador supremo de ogros». O ¿qué tal…?



—¿Eso es todo? —preguntó Lorengorm.

—La inscripción debería decir «Zoquete supremo» —le susurró Simon a Jared.

—No, hay más —respondió el trasgo—. Quiero que se celebre un banquete triunfal en mi honor. Con huevos de codorniz. Me encantan los huevos de codorniz. Y un pastel de pichón y gato asa…

—Tendremos en cuenta tus peticiones —lo interrumpió la elfa de ojos verdes, disimulando apenas una sonrisa bajo su delicada mano—. Pero ahora debo pedir a los niños que expresen el deseo que alberga su corazón.

Jared se volvió hacia sus hermanos. Al principio parecían meditabundos, pero poco a poco se dibujó una sonrisa en sus labios. Jared miró a mamá, que aún parecía un poco confundida, y a su tía abuela, que irradiaba esperanza.

—Queremos que nuestro tío bisabuelo, Arthur Spiderwick, pueda decidir si desea quedarse en el reino de los seres sobrenaturales o no.

—Sed conscientes —los previno Lorengorm— de que si opta por regresar al mundo de los mortales, se convertirá en un montón de polvo y ceniza en cuanto ponga un pie en el suelo.

Jared asintió con la cabeza.

—Somos conscientes de eso.

—Habíamos previsto vuestro deseo —dijo la elfa de ojos verdes.

A un gesto de su mano, los árboles se separaron para franquear el paso a *Byron*. Sobre él iba montado Arthur Spiderwick.



«Has hecho un magnífico trabajo».

Jared oyó que a sus espaldas los demás reprimían un grito de sorpresa. Arthur dirigió una breve sonrisa a Jared, y esta vez el muchacho advirtió que sus ojos eran como los de Lucinda; reflejaban inteligencia, pero también bondad. Arthur iba sentado sobre el grifo, claramente incómodo, pero lo acariciaba con reverente admiración. Luego posó la vista en Mallory y Simon y se ajustó las gafas.

—Sois mis sobrinos bisnietos, ¿verdad? —preguntó en tono amable—. Jared no mencionó que tuviese hermanos.

Jared asintió en silencio. Intentó pensar si habría algún modo de disculparse por las cosas que le había dicho antes. Se preguntó qué opinión se había formado Arthur de él.

—Me llamo Simon —se presentó éste—. Y ésta es Mallory, y ésta, nuestra madre. —Simon se volvió hacia Lucinda y titubeó.

—Encantado de conoceros —dijo Arthur—. Salta a la vista que por las venas de vosotros tres corre la misma sangre inquisitiva que por las mías. Quizás hayáis tenido ocasión de lamentarlo. —Sacudió la cabeza con gesto irónico—. Al parecer vuestra curiosidad os ha metido en muchos líos. Por suerte, me da la impresión de que los tres sois mucho más hábiles para salir de aprietos de lo que yo jamás he sido.

Arthur sonrió de nuevo, esta vez con toda franqueza. Era una sonrisa amplia que le confería un aspecto muy distinto del hombre del retrato.

—Nosotros también nos alegramos de conocerte —dijo Jared—. Queremos devolverte tu libro.

—¡Mi cuaderno! —exclamó Arthur. Lo tomó de manos de Jared y se puso a hojearlo—. Fijaos… ¿Quién hizo estos bosquejos?

—Yo —reconoció Jared, con un hilo de voz—. Sé que no son muy buenos…

—¡Tonterías! —repuso Arthur—. Has hecho un magnífico trabajo. Estoy convencido de que algún día serás un gran artista.

—¿En serio? —preguntó Jared.

Arthur asintió con la cabeza.

—En serio.

Dedalete se acercó hasta los zapatos de Arthur.

—Me alegro de saludarte, mi viejo amigo, pero ha venido alguien más conmigo. Ésta es Lucinda, para ti muy querida, aunque mucho la ha cambiado la

vida.

Arthur se quedó sin respiración al reconocerla. «Debe de chocarle lo vieja que está», pensó Jared. Intentó imaginar qué ocurriría si su madre, aún joven, contemplara una versión envejecida de él, pero la idea le parecía demasiado dura, demasiado triste. Lucinda sonrió y las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—¡Papá! —dijo—. Estás igual que el día que te marchaste.

Arthur hizo ademán de descabalgar.

—¡No! —gritó Lucinda—. Quedarás reducido a polvo. —Apoyándose en el bastón, se aproximó a donde él estaba.

—Lamento mucho haberos causado tanta tristeza a ti y a tu madre —dijo él —. Siento haber intentado engañar a los elfos. Nunca debí correr ese riesgo. Siempre te he querido, Lucy. Siempre he deseado regresar a casa.

—Ya estás en casa —repuso Lucinda. Arthur negó con la cabeza.

—La magia de los elfos me ha mantenido con vida durante demasiado tiempo. He sobrepasado con creces la edad que estaba destinado a alcanzar. Ha llegado el momento de que me vaya, pero después de haberte visto, Lucy…, puedo irme sin pena.

—Acabo de recuperarte —se lamentó ella—. No puedes morirte ahora.

Arthur se inclinó para murmurarle al oído unas palabras que Jared no alcanzó a oír antes de apearse del grifo y abrazarla. En cuanto el pie de Arthur se posó en el suelo, su cuerpo se convirtió en polvo y después en una columna de humo que se arremolinó en torno a la tía abuela de Jared y se elevó hacia el cielo nocturno hasta desaparecer.

Jared se volvió hacia Lucinda, suponiendo que la vería llorar, pero estaba serena, contemplando las estrellas con una sonrisa en los labios. Jared deslizó la mano entre las suyas.

—Es hora de que nos vayamos a casa —dijo tía Lucinda.

Jared asintió con la cabeza. Reflexionó sobre todo lo ocurrido, todas las cosas que había visto, y de pronto cayó en la cuenta de que le quedaba mucho por dibujar. Después de todo, apenas había comenzado.


Aquí termina la historia de
LOS HERMANOS
GRACE

Sobre Tony DiTerlizzi...

Autor de éxito del *New York Times*, Tony DiTerlizzi es el creador de la obra ganadora del premio Zena Sutherland *Ted, Jimmmy Zanwow's Out-of-This-Word Moon Pie Adventure*, así como de las ilustraciones por los libros de Tony Johnson destinados a lectores noveles. Más recientemente, su cinematográfica versión del clásico de Mary Howitt *The Spider and the Fly* recibió el Caldecott Honor. Por otra parte, los dibujos de Tony han decorado la obra de nombres tan conocidos de la literatura fantástica como J.R.R. Tolkien, Anne McCaffrey, Peter S. Beagle y Greg Bear. Reside con su mujer, Angela, y con su perro *Goblin*, en Amherst, Massachusetts. Visita a Tony en la Red: www.diterlizzi.com

y sobre Holly Black

Coleccionista ávida de libros raros sobre folclore, Holly Black pasó sus años de infancia en una decadente casa victoriana en la que su madre le proporcionó una dieta alta en historias de fantasmas y cuentos de hadas. De este modo, su primera novela: *El Tributo de la Corte Oscura* es un guiño de terror y de lo más artístico al mundo de las hadas. Publicado en el otoño de 2002, recibió buenas críticas y una mención de la American Library Association para literatura juvenil. Vive en West Long Brach, New Jersey, con su marido, Theo, y una remarcable colección de animales. Visita a Holly en la red: www.blackholly.com.

Tony y Holly continúan trabajando día y noche, lidiando con todo tipo de seres mágicos para ofreceros la historia de los niños Grace.

Entre cuevas, bosques y campos
ha transcurrido esta historia
Nuestros héroes contra los malos
alcanzaron la victoria.







Pero no todo es regocijo
al final del camino;
tuvimos que despedirnos
de un padre, un mentor, un amigo.

Lloramos de Arthur la partida,
pero hay mucho que celebrar.
Por fin su querida Lucinda
está a salvo en su hogar.









Cerdonio ya tiene comida,
los Grace como troncos duermen
y Dedalete se dedica
a hacer lo que hacen los duendes.

Ahora que están alegres
sin nada que temer
nos viene de pronto a la mente
la pregunta: «¿Y ahora qué?».





¿Aparecerán más ogros
y dragones que matar?

¿Acaso nuevos peligros
nos vuelven a amenazar?



Si a Tony y a Holly preguntas,
Ellos te dirán que sí
Porque nuevas aventuras
Imaginan sin fin.

Ahora que os han contado
de Spiderwick la historia
debéis tener cuidado.
¡No la borréis de la memoria!



Así que estad siempre atentos,
y guardad bien estos libros.
ellos os mantendrán muy despiertos
y protegidos de peligros.

Agradecimientos

Tony y Holly quieren agradecer
el tino de Steve y Dianna,
la honestidad de Starr,
las ganas de compartir el viaje de Myles y Liza,
la ayuda de Ellen y Julie,
la incansable fe de Kevin en nosotros,
y especialmente la paciencia
de Angela y Theo,
inquebrantable incluso en noches enteras
de interminables discusiones
sobre Spiderwick.



El tipo utilizado para la composición
de este libro es Cochin. La tipografía
de las ilustraciones es Nevis Hand y Rackham.
Las ilustraciones originales son a lápiz y tinta.



Estudio a acuarela de Arthur y Lucinda Spiderwick,
hallado en el despacho de Arthur.